

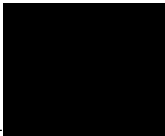
Universitat de Barcelona
Facultat de Filologia
Departament de Filologia Hispànica, Teoria de la Literatura i Comunicació
Àrea de Teoria de Literatura i Literatura Comparada

Treball de Recerca de Final de Màster

Estudiant: Josué Francisco González Jassí
El campo intelectual mexicano y la circulación de los
estudios literarios modernos en el siglo XIX y XX

Dirigit per: Dr. Antoni Martí Monterde

Curs 2024-2025
(Septembre 2025)


Firma de l'estudiant

Firma del director de recerca

Data i segell de la Secretaria del
Departament de Filologia Hispànica, Teoria de la Literatura i
Comunicació.

Resumen:

Este trabajo examina cómo las condiciones políticas, sociales y geopolíticas específicas del campo intelectual mexicano determinaron la recepción, apropiación y circulación de teorías literarias, estéticas y filológicas modernas. Se argumenta que la historia de las ideas en México no puede entenderse como una recepción pasiva, sino como un entramado complejo de tensiones internas, regionales y globales, irreducible al paradigma de la mera copia. A partir del análisis de tres momentos históricos —la segunda mitad del siglo XIX, el México revolucionario y nacionalista, y la llegada del estructuralismo y posestructuralismo a mediados del siglo XX— se muestra que la circulación de los estudios literarios, en términos de Bourdieu, se dio fuera de los campos en los cuales fueron concebidos. El campo literario mexicano desarrolló la teoría literaria en función de sus propios intereses, configurando una práctica independiente de la Francia ilustrada y positivista, la Alemania romántica e idealista, la España de Menéndez Pidal o los Estados Unidos de la French Theory.

Palabras clave:

Teoría Literaria - Historia de las ideas – Circulación - Campo Intelectual Mexicano – Filología – Nacionalismo – América Latina

Índice:

1. Introducción	
1.1 Objetivos _____	4
1.2 La identidad del campo intelectual mexicano y sus instituciones _____	5
1.3 El mundo en México: El campo intelectual mexicano y su concepción de la Weltliteratur _____	7
1.4 La geopolítica del campo intelectual mexicano: Condiciones de la circulación _____	9
2. La instrumentalización de los estudios literarios en el México pre revolucionario	
2.1 El racionalismo y el positivismo en los estudios literarios _____	12
2.2 Las metodologías comparatistas y la nueva filología alemana en la segunda mitad del siglo XIX _____	21
3. Los estudios literarios mexicanos en la primera mitad del siglo XX	
3.1 Del modernismo al arielismo: la formación de la Universidad Nacional de México _____	31
3.2 Vasconcelos y el mestizaje como Weltliteratur _____	37
3.3 La Polémica Nacionalista y la crítica de Jorge Cuesta _____	43
3.4 Alfonso Reyes y la ciudadanía mundial _____	45
3.5 Balance de los primeros años del México Posrevolucionario _____	48
4. La circulación del estructuralismo y el posestructuralismo en México	
4.1 Antecedentes y narrativas de la circulación del Estructuralismo y el Posestructuralismo _____	50
4.2 Las instituciones del campo literario mexicano durante la mitad del siglo XX _____	51
4.3 El campo editorial: traducción y publicación _____	53
4.4 La teoría y la crítica literaria mexicana _____	57
5. Contar los siglos: Conclusiones sobre la circulación de la teoría literaria en México y su historiografía _____	62
Bibliografía _____	66

1. Introducción:

1.1 Objetivos:

El siguiente ensayo pretende proporcionar un repaso por la circulación de los estudios literarios modernos en el territorio mexicano, entendiendo estos como el conjunto de disciplinas científicas y humanistas que aparecieron en el siglo XIX y XX a partir del positivismo ilustrado y la estética alemana romántica. La circulación de estas teorías y metodologías del estudio de la literatura serán ejemplificadas en su discusión teórica y en su aplicación crítica y creativa. Para este estudio se analizarán tres periodos históricos 1) El México de la segunda mitad del siglo XIX y el cambio de siglo 2) La Revolución mexicana y la consolidación del proyecto nacionalista y 3) El medio siglo mexicano y la llegada del estructuralismo y posestructuralismo.

La longitud temporal que se pretende abarcar proviene de la necesidad de soslayar algunas polémicas historiográficas y omisiones en las historias intelectuales o conceptuales (*Begriffsgeschichten*) de México, que pueden ser resueltas en función del estudio retrospectivo dentro de la propia tradición intelectual. Tradición que no es homologable a otros campos intelectuales y en la que la su mayor peculiaridad ha sido la interdisciplinariedad de los estudios literarios, por ser parte crucial de la fundamentación identitaria de la nación en una realidad geopolítica hostil.

Además de la necesidad de describir el carácter interdisciplinario de los estudios literarios, es necesario que la historia intelectual de México sobrepase el dogma dualista de origen – copia proveniente del concepto de “influencia”. En cambio, para evidenciar la complejidad de los desplazamientos de la teoría se empleará el término “circulación”¹, que permite dar cuenta de la participación de los campos intelectuales latinoamericanos, españoles, estadounidenses y europeos en México. Estos generan al menos dos tipos de sistemas de intercambio: triangular en su relación noratlántica (Europa – EE. UU. - Latinoamérica) y concéntrica en su asimetría geográfica (Sur global – Iberoamérica – México).

¹ Se entiende el concepto de circulación desde Deleuze como múltiple y al menos triangular (Deleuze en Hidalgo, 147).

Así mismo, es fundamental recordar, en todo momento, la participación de las instituciones académicas y extraacadémicas en el ejercicio de la circulación. Para estudiar las relaciones, la ideología y la normativa institucional necesaria para toda historia intelectual es conveniente referirnos a la sociología de Bourdieu. En este aspecto, resulta especialmente provechoso el examen de las traducciones y publicaciones producidas en espacios y tiempos delimitados. En el caso de México son fundamentales la Academia Mexicana de la Lengua y la Escuela Nacional Preparatoria durante el cambio de siglo y el Colegio de México (COLMEX), la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) y la Universidad Veracruzana (UV) en el siglo XX.

A partir de la contribución entre la historia de las ideas y la sociología, se busca una metodología adecuada para estudiar la presencia de los estudios literarios modernos en el territorio mexicano. No obstante, el estudio que se propone aquí no pretende ser conclusivo, sino un intento de aportar a la visión conjunta del campo literario mexicano, que aún permanece fragmentado en diferentes disciplinas y cuya caracterización es necesaria para comprender la circulación y recepción de la teoría en México.

1.2 La identidad del campo intelectual mexicano y sus instituciones:

Al comienzo de la aclamada ponencia en Friburgo de 1989, *Les conditions sociales de la circulation internationale des idées*, el sociólogo francés Pierre Bourdieu señala que la vida intelectual, lejos de los postulados universalistas premodernos, no está exenta de las relaciones nacionales e internacionales de cualquier otro espacio: “la vie intellectuelle est le lieu, comme tous les autres espaces sociaux, de nationalismes et d'impérialismes” (1). Por este motivo, es susceptible a la apropiación e instrumentalización de su transferencia, puesto que las ideas y los textos que circulan lo hacen sin el campo intelectual en el que se les concibió y el sentido que este añade (Bourdieu, 4). A partir de los postulados de Bourdieu, es justo realizar una caracterización rigurosa del campo intelectual mexicano mediante un análisis de las posturas académicas e ideológicas de sus instituciones.

En el ejercicio de esta caracterización es inevitable hablar de otros campos nacionales e incluso discutir la posibilidad de incluir a México en el campo intelectual regional de América Latina o del campo hispano, si se privilegia el idioma de producción académica. No obstante, la segunda opción sería difícilmente justificable después de la independencia de los países hispanoamericanos, en los que, a pesar de la preservación de su identidad hispánica, había un fuerte deseo cosmopolita proveniente de la Ilustración.

El campo intelectual mexicano (junto con otros países hispanoamericanos como Chile, Argentina y Colombia) formó parte de una precoz circulación de los estudios literarios modernos desde su independencia, especialmente en disciplinas como la estética, la filología y la lingüística durante el cambio de siglo, que ya contaban con figuras intelectuales de la talla de Francisco Pimentel, Gabino Barreda, Ignacio Ramírez, Ignacio G. Altamirano y Manuel Orozco y Berra

Por su parte, el campo intelectual mexicano del siglo XX también fue pionero en la traducción y publicación de autores estructuralistas y posestructuralistas en Iberoamérica, cuestión que permitió una gran accesibilidad de los textos en las universidades públicas de México y una gran discusión de las nuevas teorías francesas. No obstante, es cierto que la gran acogida inicial del estructuralismo fue rápidamente eclipsada por otras metodologías teóricas y crítica. Por ejemplo, la pronta recepción de los trabajos en México (especialmente de Lévi-Strauss), no significó una producción académica tan productiva como la que ocurría en Argentina y en Brasil en los años sesenta y setenta. Meyer-Minnemann y Niemeyer, por ejemplo, apenas citan dos revistas con artículos sobre la teoría estructuralista y posestructuralista en 1971 1) La Nueva Revista de Filología Hispánica (NRFH) del Colegio de México y el Anuario de Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México). En el caso de la NRFH, Meyer-Minnemann y Niemeyer comentan que “en la NRFH, dirigida ya desde 1953 por Antonio Alatorre, se iban publicando algunos -relativamente pocos- artículos de orientación estructuralista, así como unas cuantas reseñas de obras sobre el tema” (12). En contraste en la década de los años setenta Argentina ya contaba con un catálogo amplio de revistas que estudiaban el estructuralismo, el posestructuralismo y la semiótica como: Los libros (1969 - 1976), Literal (1973 - 1977) y Punto de Vista (1978 - 2008).

La problemática de pensar un campo intelectual latinoamericano supera las intenciones de este ensayo, porque conllevaría la justificación de una identidad compartida, que lejos de ser

homogénea en el continente, está marcada por tensiones internas y externas². No obstante, siguiendo a Catelli se pueden pensar en algunas condiciones de circulación compartidas, principalmente las que ha denominado como “asimetría y “comparatismo implícito”. La primera de estas condiciones se relaciona con una lógica binaria que intuye jerarquías nacionales y lingüísticas, y la segunda es producto de la práctica de esta lógica binaria “we are readers accustomed to not justifying our double or triple literary and theoretical purposes: our nations allow this, enable this, and need this. Latin Americans (...) are accustomed to thinking about two or three worlds at the same time while intervening in our own” (Catelli, 12).

En el caso de la recepción de los estudios literarios modernos en México vale la pena leer las narrativas de las historias literarias en la clave de la asimetría y el comparatismo implícito, puesto que se puede caer en la tentación de sobreestimar la injerencia de los campos intelectuales extranjeros en México y Latinoamérica, por ejemplo, en la mediación de la *french theory* estadounidense o la lingüística estilística del español Amado Alonso. Esta última es especialmente interesante para hablar de la reticencia conservadora con la que Antonio Alatorre, presidente del Colegio de México, recibió las obras de los pensadores franceses.

1.3 El mundo en México: El campo intelectual mexicano y su concepción de la Weltliteratur

A primera vista pensar la *Weltliteratur* desde un ámbito nacional aparenta una contradicción interna, una incompatibilidad entre la predisposición hacia la universalidad del término de Goethe y la particularidad de los nacionalismos. Lo más natural, entonces, sería que su formación fuera también de origen universal, por ejemplo, mediante la cooperación de toda la humanidad, como escribiría el pensador de Weimar: “estoy convencido de que se está edificando una literatura universal, que todas las naciones están abocadas y que hacen pasos amistosos en este sentido”³(Goethe en Llovet, 45). No obstante, cabe advertir que los valores estéticos, que Goethe pensaba

² Tómese como ejemplo la propuesta de Martínez Ramírez, que identifica al menos tres direcciones de circulación: “la relación América Latina-Europa Occidental; hacia el interior del subcontinente, la relación entre las literaturas nacionales; y, por último, sistematizar la heterogeneidad misma de las literaturas nacionales” (207).

³ La traducción es propia.

universales, nunca excluyeron en él la conciencia de que, en la práctica, la edificación del proyecto ocurría en espacios concretos como la Alemania decimonónica y el idioma alemán.

Hoy en día el estudio de estos espacios concretos ha sido atendido en el ámbito literario con bastante atención, especialmente desde la sociología; de paso cuestionando los supuestos esencialistas y universales, reemplazándolos por lo material histórico. Se ha advertido, en la teoría de los sistemas y en la de los campos intelectuales, por ejemplo, la importancia de pensar los espacios de la vida intelectual en los que conceptos como *Weltliteratur* surgen. Bajo esta observación, el presente ensayo propone la comprensión de la teoría y la crítica literaria mexicana de la década de 1930 como parte de un campo intelectual rastreable en el territorio mexicano. Si bien, este campo intelectual, no reflexiona (salvo contadas ocasiones) de forma explícita en torno al concepto de Goethe, un análisis en retrospectiva revela preocupaciones y consideraciones adscribibles a este.

En este estudio retrospectivo se partirá de la comprensión de la *Weltliteratur* en su intención como proyecto cultural desde Goethe como “la suma de todas las literaturas que nacen bajo el signo de la universalidad”. De este modo, se pretende estudiar cómo se forma esta intención o intenciones homologables en la teoría y la crítica de los intelectuales de la época. Con este propósito, se partirá desde una metodología sociológica partiendo de Bourdieu con el concepto de campo y matizándolo con las observaciones de Casanova y Perus en el contexto latinoamericano.

Por otra parte, es necesario mencionar que existen antecedentes bastante cercanos a los propósitos de este trabajo. La colección “Literatures as World Literatures” de la editorial británica Bloomsbury ha publicado títulos con pretensiones semejantes, entre ellos uno dedicado a México, *Mexican Literature as World Literature* (2021) editado por Ignacio M. Sánchez Prado. Se trata de un volumen de quince ensayos que estudian la literatura mundial en México desde la producción novohispana hasta la actualidad. En ellos los autores revisan no solo la literatura mexicana, sino que también varios elementos en los que se hace patente la ideología de los campos literarios nacionales, como las traducciones, los prefacios y las antologías. Algunos de estos elementos extraliterarios de la vida intelectual han sido señalados en varias ocasiones por la sociología literaria, principalmente desde la idea de institución de Bourdieu, quien en su ponencia “Les conditions sociales de la circulation internationale des idées” (1989) denuncia la

instrumentalización inherente de los intercambios intelectuales. La *Weltliteratur*⁴, como proyecto de recepción o exportación literaria, participa de esta instrumentalización y es por eso por lo que también en ella el análisis de los elementos extraliterarios deja entrever una ideología. Si bien *Mexican Literature as World Literature* es muy completo en su muestra, menciona escasamente la teoría y la crítica literaria.

En realidad, este no es un caso aislado, dentro de la literatura comparada se suelen preferenciar objetos de estudio en los que la distancia cultural es más evidente, o incluso inevitable como es el caso de las traducciones. De acuerdo con Catelli, en su ensayo “Asymmetry” (2017), la literatura comparada ha mostrado muy poco interés por la circulación de la teoría y crítica literaria en el contexto hispanoamericano (11 - 12). Se podría argumentar que esto se debe a que la teoría difícilmente puede compararse en el plano nacional, ya que sus observaciones son virtualmente universales y además se escriben con un estilo transparente e impersonal que encubre su lugar de origen. Asimismo, la crítica literaria, más cercana a los métodos de la hermenéutica, tampoco se ve obligada a emplear las metodologías comparatistas, ni siquiera cuando se escribe de obras extranjeras. No obstante, como parte de la producción literaria de los campos intelectuales, ambas están sujetas a la instrumentalización y a la ideología de las instituciones y de los individuos.

1.4 La geopolítica del campo intelectual mexicano: Condiciones de la circulación

Antes de continuar es necesario repasar brevemente algunas consideraciones de orden geopolítico que afectan la concepción mexicana de la cultura en el plano mundial. Dejando atrás los esencialismos nacionalistas, la existencia de campos delimitados⁵ no significa que estos estén cerrados o que sean autotelicos⁶. Por el contrario, Bourdieu considera que la vida intelectual, como

⁴ Pascale Casanova, en su *República mundial de las letras*, evidencia la instrumentalización de los elementos extraliterarios al pensarlos como “indicadores culturales” (23), siguiendo la terminología de Parkhurst Clark.

⁵ Un campo se define a través de sus límites, a través de la diferenciación respecto a otros campos (Jurt, 130).

⁶ Ante esta posible confusión, Đurišin enfatiza la heterogeneidad de cualquier sistema literario mediante el uso del concepto “comunidad interliteraria”. Un concepto creado a partir de las teorías de Bourdieu y Kristeva,

cualquier otro espacio social, está sujeta a sus condiciones materiales e históricas, por lo que en ella también pervive el imperialismo (3).

En la formación de la *Weltliteratur* desde México, y el de los demás países de Latinoamérica, las relaciones imperialistas se hacen patentes con lo que Catelli llama un comparatismo implícito y espectral⁷ (19). La situación periférica de las instituciones mexicanas en relación con las del norte global provoca que nuestro campo intelectual esté siempre escindido, pendiente de la producción del norte global y de la producción nacional o regional al mismo tiempo.

Pascale, Casanova, adjudicándole autonomía al campo literario (“espacio literario”, en su terminología) ha comentado la problemática de la desigualdad en el “mercado mundial de la literatura”. De acuerdo con la autora de “La literatura como mundo” (2005) en el “espacio de la literatura” las desigualdades tienen una lógica de dominación independiente de “las formas políticas, económicas, lingüísticas y sociales” (74), siendo que la distribución del prestigio literario (principal elemento jerarquizador para Casanova) no corresponde con la diferenciación Norte-Sur global, como ejemplifica con la literatura del Boom:

El caso de las literaturas latinoamericanas probaría aún más la relativa autonomía de la esfera literaria, sin vínculo directo, ni relación de causa y efecto, entre la fuerza política y económica y el poder o la legitimidad literarios en el plano internacional (79).

Sin embargo, esta postura que explica el imperialismo y la desigualdad entre los campos literarios nacionales basándose solo en el prestigio otorgado desde el “meridiano” parisino, ignora dos cuestiones fundamentales descritas por Perus en “La literatura latinoamericana ante *La República mundial de las letras*” (2006) 1) la relatividad del “centro” y 2) la influencia de las condiciones extraliterarias en la legitimación cultural. Por este motivo es necesario revisitar la historia literaria sin prejuicios eurocentristas y notar que cada territorio tiene sus propias instituciones de

que desmantela el núcleo esencialista de las comunidades, añadiendo la necesaria complejidad a la descripción de las identidades culturales.

⁷ Véase Catelli:

We are readers accustomed to not justifying our double or triple literary and theoretical purposes: our nations allow this, enable this, and need this. Latin Americans—and up to a certain point even Spaniards, although very differently and not without some resistance—are accustomed to thinking about two or three worlds at the same time while intervening in our own— the particular one, the world of our languages and their hierarchies, drawing to it external references of diverse natures and origins (11 - 12).

legitimización, desde las cuales se forma prácticas y hábitos propios. En el caso del México posrevolucionario la creación de las instituciones propias fue claramente antecedida por los proyectos personales de los intelectuales y su figura pública.

2. La instrumentalización de los estudios literarios en el México pre revolucionario: debates estéticos y filológicos

2.1 El racionalismo y el positivismo en los estudios literarios y lingüísticos del México independiente:

En muchos aspectos el periodo conocido como el porfiriato en la historia mexicana (1876 - 1911) fue el semillero intelectual del proyecto nacionalista de base mestizo y popular que hoy en día es tan identificable con las políticas culturales del Partido Revolucionario Institucional (PRI) del siglo XX. La supuesta dicotomía entre el cosmopolitismo afrancesado del porfiriato y el nacionalismo revolucionario (que no puede ser más que un reduccionismo historiográfico) pone en riesgo el rigor de las historias de las ideas, como se puede constatar en el caso de la literatura y de los estudios literarios. Por ejemplo, la adscripción de la filología y la lingüística como ciencias modernas al programa político positivista del porfiriato, no contemplaría la agencia que ambas ciencias tuvieron en la justificación identitaria del mestizaje.

Ante esta simplificación del panorama intelectual en bloques históricos contrarios es conveniente un estudio retrospectivo desde de la historia de la literatura y de la teoría literaria del conjunto del siglo XX, con el motivo de subrayar la complejidad y la diversidad de las ideas estéticas que regían el campo intelectual mexicano durante el cambio de siglo. Este estudio permite notar, en la evolución y ramificación de las ideas estéticas, una participación genuina de los intelectuales mexicanos en las polémicas nacionalistas que surgieron con la llegada de la filología y la estética moderna a los estudios literarios; y su formación en una tradición intelectual propia.

A su vez, estudiar el dialogo interno del campo literario mexicano permite subsanar falsas equivalencias con otros campos intelectuales, especialmente los europeos, ya que, como se ha señalado en la introducción, la circulación de las ideas en América latina está sujeta a condiciones materiales, históricas y geopolíticas no homologables; como desde el principio de su identidad regional la experiencia de la colonización y el recelo consecuente a lo peninsular, pero también su continua adscripción y apropiación del hispanismo por el conservadurismo aristocrático en el siglo XIX y por los intelectuales liberales a manera de contrapeso cultural ante la hegemonía

estadounidense en el cambio de siglo. Si bien, los estudios literarios en América latina sirvieron, como en los nacionalismos europeos, como eje fundamental de la identidad y legitimación de las clases gobernantes, lo cierto es que su instrumentalización obedeció mayormente a las realidades políticas de la región y no como una simple traslación de los modelos nacionalistas de Europa.

En una lógica regional, los nacionalismos latinoamericanos del siglo XIX no fueron en principio herderianos, como en la Alemania romántica sino de un republicanismo ilustrado, racionalista y positivista. Esta condición ha inducido, no en pocas ocasiones a la historiografía a cuestionar la mera existencia de los nacionalismos de base étnica de la modernidad decimonónica en Latinoamérica, como lo comenta Hobsbawm en su ensayo “Nacionalismo y nacionalidad en América Latina”:

La verdadera ideología de la emancipación, tanto en la América Latina como en la británica, fue la de la Ilustración, para la que la “nación” no era, en ningún sentido un concepto herderiano, o sociológico y cultural. Al despojarse de sus cadenas y elegir la libertad, “el pueblo” constituía “la nación”, sin considerar previamente su composición anterior (312).

Añade también, que la idea de la nación en la región era como en Francia y en Estados Unidos una noción cosmopolita y universal “la nación era una invitación abierta a quien se quisiera integrar” (312). Al contrario del nacionalismo herderiano, Hobsbawm considera que el verdadero núcleo de la nación americana en siglo XIX consistía en las instituciones que legal y efectivamente garantizaban la subsistencia de la organización política aristocrática heredada del periodo colonial (314), como las instancias jurídicas y militares de las naciones.

No obstante, hay un elemento que pone en cuestión la tesis de Hobsbawm por haber sido, incluso en el periodo colonial, objeto de polémica entre las élites culturales de ambos lados del atlántico: la evolución del idioma castellano en el territorio americano. De esta cuestión se encargó la filología escolástica y neoclásica, que heredó, como comenta Ontañón de la tradición filológica clásica, el estudio en conjunto de la lengua y de la literatura (8), siendo la primera inalienable en su estudio de la materialización particular del fenómeno de la evolución lingüística en los textos literarios. El cambio epistemológico de la filología y de los estudios literario en Latinoamérica por las nuevas metodologías (impresionistas y vitalistas del romanticismo que separaron a estas de los

estudios lingüísticos a final del siglo XIX) apenas y fue perceptible en las primeras gramáticas y diccionarios del continente.

Como ciencia de la literatura y de la lengua, la filología americana fue instrumentalizada para justificar la identidad nacional de los emergentes países hispanoamericanos, como se puede constatar en el amplio crisol de discursos que se sirvieron de ella para legitimarse; en especial en la negociación del grado de pertenencia o independencia de la cultura hispánica de cada país.

En un ejercicio comparativo resulta fascinante la disparidad con la cual se llevó a cabo esta negociación. Si se toma por ejemplo el caso mexicano y el argentino es sencillo notar que la instrumentalización de la filología solo comparte la pretensión pedagógica y civilizatoria de la ilustración, pero no comparte la identificación cultural con la hispanidad o si quiera con el idioma. El país austral, como bien indica Ontañón, fue el territorio que acogió los debates más agudos sobre independencia lingüística (y por ende cultural). Para comprobar su argumento Ontañón pone de manifiesto la relevancia de dos proyectos lingüísticos nacionales: 1) La Gramática Argentina (1852) de Rufino Sánchez, una defensa de la singularidad dialectal del castellano argentino, elevándolo al grado de “lengua nacional”⁸ (Ontañón, 15) y 2) La propuesta del jurista liberal Juan Bautista Alberdi, quien llegó a considerar la independencia intelectual inalienable de la independencia lingüística y sugirió el uso del francés como lengua nacional (Ontañón 16).

Por el contrario, la filología mexicana, en concordancia con la mayor parte de la región, atendió en principio a la conservación de la lengua mediante la prescriptiva y la normativa gramatical. Ahora bien, esta conservación de la lengua española como elemento identitario no significó una total inflexibilidad ante la evolución dialectal mexicana, pues como ha observado Cifuentes en “Las lenguas amerindias y la conformación de la lengua nacional”, las elites culturales mexicanas (incluso en el periodo colonial) legitimaron elementos lingüísticos provenientes de las lenguas indígenas (210). La aparente contradicción entre la prescriptiva gramatical y la legitimación dialectal, es fácilmente explicada por los esfuerzos intelectuales de la filología mexicana para justificar la continuidad y pureza del castellano en América:

⁸ En México Ignacio Ramírez propició un nacionalismo lingüístico semejante mediante el uso del náhuatl como elemento transformador del dialecto castellano mexicano. No obstante, la propuesta de Ramírez, de acuerdo con Cifuentes, era una excepción entre la tendencia conservadora de la filología mexicana (210).

Los líderes criollos de la época que buscaban conformar la nueva variedad, reconocían y aceptaban los orígenes peninsulares de su idioma, pero al mismo tiempo intentaban defender la idea de que el español en América no se desviaba de la tradición hispánica. Por estas razones legitimaron la presencia de elementos indígenas en la variedad americana... la reivindicación del español de América se hacía en nombre de la pureza de la lengua española (Cifuentes 210).

En contraste con el caso argentino, los esfuerzos del estado mexicano por la apropiación de la lengua castellana y la legitimación dialectal obedecieron no a un deseo de independencia cultural tajante, sino que se encontraban motivados por la preservación de la unidad lingüística y la comunicabilidad regional. Esto queda demostrado desde la normativa gramatical del español en México a lo largo del siglo XIX, ya que, a pesar de haber mudado su centro institucional de la Real Academia de la Lengua Española a la Academia Mexicana de la Lengua en 1875⁹, esta última institución poseía un carácter conciliatorio entre los partidarios del purismo peninsular y los partidarios de la renovación de la lengua por la inclusión de regionalismos, galicismos y anglicismos (Cifuentes y Ros 138).

En este contexto, la filología practicada en las primeras décadas del México independiente fue progresivamente más conservadora en su programa ideológico, en buena parte debido a su herencia intelectual escolástica proveniente del humanismo hispánico y católico, pero también debido a un proceso de apropiación del ideal romántico purista por parte de los conservadores, que en el estudio de la lengua y la literatura se tradujo en la predilección por una estandarización lingüística cercana a la peninsular. Este proceso es notorio en los usos de las metodologías comparatistas del siglo XIX, las cuales pasaron de legitimar la continuidad del idioma español en el territorio mexicano a formar parte del mito de la degradación de la lengua y motivación del purismo. En México es de especial atención notar el giro purista de la segunda mitad del siglo XIX, que comenzó con una fuerte defensa del español mexicano por parte de filólogos como

⁹ La primera academia de 1835 y de breve duración que antecedió a la de 1875, tuvo las mismas pretensiones: ambas (Academias) comparten una preocupación por el destino del español y, de otro, se muestran atentas a mantener una lengua pura (Cifuentes y Ros 140).

Orozco y Berra (1816 - 1881), Ignacio Ramírez (1818 - 1879) y Francisco Pimentel (1832 - 1893) y culminó en gestos puristas como la Polémica Modernista de 1898¹⁰.

Por otro lado, se debe advertir que, si bien el proceso de apropiación de normatividad de la lengua por parte de los sectores más conservadores e hispanistas progresó a lo largo del siglo, la evolución ideológica de los estudios lingüísticos y literarios de México trascendieron la disputa purista del lenguaje para centrarse cada vez más en la fabricación y legitimización de un espacio nacional moderno, un tema que interesó a conservadores y a liberales por igual.

A mediados del siglo XIX, como se ha comentado más arriba, el concepto de nación en América latina obedecía todavía al universalismo racionalista de la ilustración, en cuya lógica la verdadera preocupación nacional se volvía de carácter temporal: la creación de estados modernos que entraran al tiempo simbólico de una contemporaneidad¹¹ compartida con las naciones industrializadas de Europa. El debate por la lengua y la regularización de ella en Hispanoamérica siguió a lo largo del siglo esta pretensión; incluso bajo el conservadurismo de los puristas de la lengua que, en la llegada de los postulados nacionalistas románticos, encontraron (como en el caso de Alemania) un historicismo de pretensiones utópicas o la posibilidad de la restitución del pasado idílico mediante la lengua y la cultura¹².

En México, con la derrota del Segundo Imperio en 1867, el gobierno liberal de Benito Juárez García dio comienzo a la gran época del positivismo mexicano, llevado a cabo por Gabino Barreda en la fundación de la Escuela Nacional Preparatoria. Desde el comienzo de su actividad en 1868 la Escuela Nacional Preparatoria, dirigida por Barreda hasta 1878, fue la principal institución educativa del país durante el cambio de siglo. En ella, se consagró el cambio epistemológico positivista que ya prefiguraba en las metodologías científicas y comparatistas de personajes como Francisco Pimentel y Orozco Becerra¹³. Como bien indica Ortega Esquivel, el

¹⁰ Véase el ensayo “Grito de rebelión del Ideal” La polémica literaria de 1898 como estrategia de legitimación del modernismo mexicano (2024) de Hernández Suárez.

¹¹ De acuerdo con Annick Lempérière en “Los hombres de letras hispanoamericanos y el proceso de secularización 1800-1850”, la historiografía ha descuidado la “variable temporal” en las “mutaciones culturales” de las naciones latinoamericanas (243).

¹² En el siguiente apartado se discutirá a cabalidad la influencia del nacionalismo romántico en la estética y la filología mexicanas.

¹³ Tómense como ejemplos la obra en dos tomos *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México* (1862 y 1865) de Pimentel y *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México* (1864) de Orozco y Berra.

principal aporte de Barreda fue la instauración programática del positivismo en las ciencias humanas (122).

No obstante, es necesario mencionar que los estudios literarios en la Escuela Nacional Preparatoria no tuvieron la autonomía y centralidad alcanzadas por las filologías nacionales europeas. Ugalde Quintana demuestra esta carencia al hablar de los programas de enseñanza de esta institución durante el cambio de siglo:

¿Qué enseñanzas filológicas había, a principios de siglo XX, en la famosa Escuela mexicana? Al parecer, muy pocas. El programa de estudios, organizado en seis años, pretendía proporcionar al alumno un conocimiento científico y positivo. Las humanidades jugaban un papel muy secundario... El panorama de la enseñanza literaria era tan escaso que a finales de 1903 se idearon varias conferencias y cursos libres que complementarían la formación humanística de los alumnos (8)

Ante el señalamiento de Ugalde Quintana vale la pena preguntar ¿de qué manera se practicaban los estudios literarios en la Escuela Nacional Preparatoria? La respuesta es sugerida al realizar el examen de los programas de estudio que impartían clases relacionadas a la lengua y la literatura, y de los docentes de estos programas:

El químico y editor Francisco Díaz de León dictaba el curso de “Raíces elementales de griego”; Jesús Urueta se encargaba de “Lecturas literarias”; Balbino Dávalos de “Literatura General”; Victoriano Salado Álvarez de “Literatura Española y Patria”; Rafael Ángel de la Peña, Carlos Díaz Dufoo, Luis G. Urbina y Manuel Revilla, entre otros, impartían los distintos cursos de “Lengua Nacional” (Díaz y de Ovando en Ugalde Quintana 161).

Lo que sugiere Ugalde Quintana citando a Díaz y Ovando es que los estudios literarios y lingüísticos fueron en todo momento subordinados a otras disciplinas. Debido a que la enseñanza superior en la Escuela Nacional Preparatoria contaba únicamente con tres posibilidades de especialización¹⁴, los estudios del idioma estaban condicionados por el conjunto al que pertenecían. de acuerdo con Cruz Pérez estos eran los siguientes:

¹⁴ Sobre la estructura de los estudios en la Escuela Nacional Preparatoria revítese el artículo “La influencia del Positivismo en la Escuela Nacional Preparatoria” (2018) de Cruz Pérez y González Estrada:

1. Gimnástico, que tiene que ver con el aprendizaje de idiomas (francés, inglés y alemán), música, pintura, escritura y elementos de las matemáticas.
 2. Histórico, en el que se abordaba propiamente la historia (épocas y hechos), obras literarias notables y sus sistemas, mitos y códigos religiosos, legislación nacional y comparada y los diversos sistemas filosóficos.
 3. Científico. En este se priorizan las ciencias a través de la observación y el cálculo.
- (Díaz en Cruz y González 92).

Lejos de tratarse de un caso particular, la subordinación de los estudios literarios a otras disciplinas fue una constante en el territorio latinoamericano. Recientemente, Pineda Buitrago ha publicado *La indisciplina literaria* (2022), un libro que trata a cabalidad el problema de la carencia de autonomía de los estudios literarios en el siglo XIX. La tesis central de Pineda Buitrago no niega la existencia de una copiosa tradición filológica (que se manifiesta claramente en la crítica literaria publicada en la prensa, la retórica, la gramática comparativa y la ecdótica), sino que delimita justamente los espacios en los cuales era producida y las limitaciones de estos. De este modo Pineda Buitrago rastrea la genealogía de la subordinación a los primeros años de las repúblicas americanas y la instrumentalización del idioma (y por ende de la literatura) para la alfabetización, democratización y jurisprudencia requeridos para el funcionamiento de la nación moderna; es decir “el acceso al mundo simbólico” (Pineda 26) de la nación.

Dicha instrumentalización del idioma, en razón de la pertenencia simbólica a la nación, fue llevada a cabo por medio de las tendencias hegemónicas en el campo cultural del siglo XIX: el positivismo y el neoclasicismo en un comienzo y el nacionalismo popular romántico a finales del siglo. Como estética el neoclasicismo ilustrado francés tenía dos virtudes para apoyar la transición de la epistemología escolástica novohispana a el nuevo paradigma positivista: 1) Una fácil apropiación americana¹⁵, ya que renovaba el paradigma del “buen gusto” de la tradición humanista

Esta institución tenía como objetivo reunir en un solo plantel todas las formas escolares preparatorias que se tenían en las diferentes profesiones, llegando a sumar en su plan de estudios 34 asignaturas que cursarían los alumnos en un periodo de cinco años. Para cumplir con el objetivo para el que fue creada contaba con un plan de estudios en el que en los dos primeros años se impartían clases a las que se les puede denominar “de tronco común” y posteriormente, de acuerdo a la profesión a la que se fuera a dedicar el alumno, se le impartían materias más específicas y que le permitieran sentar las bases de la profesión (92).

¹⁵ La mayor dificultad de su recepción fue su encuentro con la tradición estética barroca en la Nueva España: En términos estéticos, sin embargo, las Reformas Borbónicas no lograron imponer ampliamente la doctrina neoclásica, en buena parte, porque esta se apartaba de la popularidad del arte barroco... La

italo-hispánica de Vico y Suárez y 2) Era una estética moralizante compatible con el afán civilizatorio de la ilustración y su pretensión de objetividad universal (en el concepto de lo “bello”) compatible con el positivismo.

De acuerdo con Ugalde Quintana, durante el cambio de siglo los estudios literarios en la Escuela Superior Preparatoria obedecían a dos tendencias principales: los modernistas, que como Gutiérrez Nájera criticaban las prescriptivas metodológicas del positivismo, y los miembros de la Academia Mexicana de la Lengua; de ideología conservadora y purista, pero de metodología positivista (161). Como se mencionaba con anterioridad, este último grupo, si bien no fue ajeno a la legitimación del dialecto mexicano, priorizaba la continuidad del idioma desde su raíz peninsular y su mutua comprensión en los países hispanoamericanos.

Por su parte el campo intelectual de otras naciones latinoamericanas formulaba los estudios literarios en una lógica semejante al positivismo y neoclasicismo mexicano, siendo incluso más notorio el papel que jugaban en legitimar el espacio simbólico de la nación. Probablemente el ejemplo más paradigmático de este papel esté personificado por la figura intelectual de Andrés Bello, rector de la Universidad de Chile de 1843 a 1865. Bello, quien décadas más tarde inspiraría el panhispanismo de Henríquez Ureña y con él la creación de los programas de filología de México y Argentina en el siglo XX, escribió con apenas una década de distancia una de las primeras gramáticas de América independiente (*Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* de 1847) y el *Código Civil* de Chile (1856). De igual forma, es de especial interés señalar que en la biografía intelectual de Bello se constatan las tensiones metodológicas de la filología decimonónica, en un dialogo constante entre la filología neoclásica y positivista de Francia y la emergente filología nacionalista de Alemania. De acuerdo con Antonio Ennis, Bello fue antes que gramático y jurista un filólogo¹⁶, como se puede demostrar en los *Cuadernos de Londres* que escribió en el exilio durante 19 años (1810 - 1819):

apuesta por el neoclasicismo pretendía superar el barroco, símbolo de supremacía colonial y de magnificencia cortesana, del lujo resplandeciente y sensualista (Hernández, 8, El nacionalismo inmaterial e incorpóreo: hacia una historia de las ideas estéticas en el México del XIX)

¹⁶ En el de Bello, por el contrario, el tránsito de la biblioteca a la labor del erudito en la construcción del Estado se ha ilustrado como un paso de la filología a la gramática, del estudio desinteresado a la función pública del intelectual en la formación de ciudadanía (Ennis 13).

Su preocupación, a lo largo de cientos de páginas: los orígenes de la versificación en la poesía vernácula. Los cantares de gesta, el Cid. Transcribe el latín, el griego, el inglés medio y el francés antiguo, algunos pasajes nórdicos, habla de juglares, monjes, escaldos y goliardos, comenta libros o manuscritos hoy desaparecidos,¹² hace, sobre todo eso, filología (15).

De su posterior adscripción a la prescriptiva gramatical del español en defensa de la legitimidad de la herencia ilustrada europea de América, y su intención alfabetizante y civilizatoria, proviene un uso instrumental de la filología que se materializó en el resto del continente con intelectuales como los filólogos Miguela Antonio Caro y Rufino José Cuervo Usarri¹⁷ en Colombia, quienes desde la ideología conservadora y purista privilegiaron un estudio positivista de la lengua, prefiriendo las metodologías diacrónicas en lugar de las sincrónicas para crear una normativa que asegurara la unidad gramatical de la lengua. De acuerdo con Ennis esta fue una tendencia regional entre los filólogos conservadores a mediados de siglo, puesto que las instituciones encargadas del estudio de las variantes dialectales de cada país, como las academias de la lengua, se centraron en su preservación y no en la identificación popular con ella (cuestión que, si bien se vislumbraba en la empresa de la legitimación dialectal, no adquirió centralidad hasta el final de siglo).

Entre los miembros de la Academia Mexicana de la Lengua que impartían clases en la Escuela Nacional Preparatoria y que siguieron la tradición instrumentalista de Bello y la intención prescriptivistas de su Gramática, se encontraba el abogado y cónsul Manuel G. Revilla (1864 - 1924). Revilla fue autor de una obra filológica de ideología hispanista, conservadora y neoclásica, pero metodológicamente positivista: Cánovas y las letras (1898), La escritura del siglo XIX: catálogo de colecciones de la Escuela Nacional de Bellas artes (1911), Provincialismos de expresión y de fonética en México (1912) Los fundamentos del arte literario (1915) y En pro del Casticismo (1917). Ya entrado el siglo XX, la filología ejercida por Revilla y otros miembros de la Academia Mexicana en la Lengua, se advertía en crisis en dos sentidos 1) Los intelectuales políticamente conservadores pasaban de un nacionalismo de continuidad hispánica (o panhispánico) a uno más romántico, popular e historicista y 2) En el sentido epistemológico, la

¹⁷ Caro (1843 – 1909), sexto presidente de Colombia fue también uno de los miembros fundadores de la Academia Colombiana de la Lengua en 1871 (Ennis 19), escribió junto a Cuervo (1844 – 1911) la *Gramática de la lengua latina* (1867). Ambos fueron correspondientes de la Real Academia Española y miembros honorarios de la Academia Mexicana de la lengua.

objetividad del positivismo y el neoclasicismo (en la universalidad del concepto de belleza) empezaban a ser opacados por la estética vitalista alemana.

Como en Europa, el dialogo entre la filología neoclásica positivista de la ilustración y la nueva filología alemana resultó en un intenso flujo dialectico, lo que hace que la clasificación de los grupos intelectuales no siempre corresponda a las categorías de la historia de las ideas. Por ejemplo, dentro de la tradición filológica conservadora que se ha descrito hasta aquí mediante el elemento común de la continuidad hispánica, hay personajes como Francisco Pimentel e Ignacio Ramírez quienes a través de los estudios filológicos de las lenguas indígenas y sus préstamos al español mexicano se acercaron bastante a la filología nacionalista del romanticismo, siendo así claros precursores del mestizaje de Vasconcelos y de las políticas culturales de la Revolución Mexicana. En su función legitimadora de la nación, las metodologías filológicas del siglo XIX sirvieron tanto a los conservadores como a los liberales, aunque con un claro triunfo del hispanismo; a veces como reacción al cambio político y cultural de la Ilustración y, en muchas otras ocasiones, como un puente inevitable para llegar al resto de Europa y con ella, al verdadero objetivo: la modernidad de la nación.

2.2 Las metodologías comparatistas y la nueva filología alemana en la segunda mitad del siglo XIX

“¡Pobres países que no tienen nada propio, si no es su naturaleza que ni ellos mismos conocen bien! Cuando esto llegue a ser mundo, ¿qué será de nosotros? Ni en ceniza existiremos sobre la tierra, i ni en recuerdo en la memoria de los pósteros, que no verán en nosotros sino las ruedas que jirando i no viviendo, descalabrándose no pensando, labraron, pulieron i prepararon maquinalmente la escena para ellos, los verdaderos hombres”. (Bello en Ennis).

De acuerdo con Lope Blanch, en la modernidad, la filología se ha entendido como una rama de la lingüística que estudia la evolución de las lenguas (Lope Blanch en Ontañón 7), usualmente mediante la revisión y comparación de textos. No obstante, Lope Blanch, comenta que esta definición común en los manuales se encuentra incompleta, ya que junto con la evolución del idioma se puede constatar también el “espíritu de los pueblos”. Claramente, la corrección de Lope

Blanch (quien habla desde el siglo XX) tiene un inconfundible matiz nacionalista, idealista y romántico; de extrema severidad con el cientificismo, pero sirve para constatar la tensión epistemológica entre el universalismo y el esencialismo historicista romántico que ha impregnado el debate por la naturaleza de la filología. Esta es una cuestión que realmente permea en la metodología de todas las ciencias modernas y cuyo origen no es exagerado rastrear hasta la filosofía Kantiana, ya que en ella se encuentra el núcleo duro de la distinción moderna entre ciencias humanas o del espíritu (*Geisteswissenschaften*) y ciencias naturales o exactas (*Naturwissenschaft*). La pertenencia de los estudios literarios (especialmente de la filología) a uno u otro grupo fue probablemente el que más polémicas causó en el fin de siglo Latinoamericano, como se demostrará más adelante con la revolución estética modernista

Al hablar de la distinción entre las ciencias naturales y las ciencias humanas, no puede evitar hablarse de la tradición hermeneútica moderna y muy especialmente de Wilhelm Dilthey (1833 y 1911), el gran arquitecto de la fundamentación epistemológica de las humanidades y el responsable de popularizar el neologismo *Geisteswissenschaften*. En su fundamentación, Dilthey expone los límites de la observación positivista (método principal de las ciencias naturales) para estudiar los fenómenos internos de la vida anímica y el espíritu (*Geist*). Por el contrario, Dilthey propuso que el método principal de las humanidades tenía que ser el entendimiento (*Verstehen*) concepto que retoma del neokantiano Droysen y que consiste en la participación del sujeto cognoscente en el proceso de comprensión. Participación que se da por medio de la intuición y la comparación entre la experiencia vital (*Erlebnis*) propia y la realidad interna del objeto (o su espíritu) (Gómez Ramos 219).

No obstante, lo que se esconde detrás de la tradición hermeneútica moderna y por ende la distinción entre ciencias naturales y espirituales a finales del siglo XIX era la epistemología y la estética kantiana, especialmente en la necesidad de la intuición en el juicio del gusto artístico. La belleza para Kant implicaba la “originalidad” proveniente no de un valor universal, sino de la naturaleza del artista (Wahnón 25), su genio o aquello que provenía de su interior por esencia. Por este motivo la comprensión implicaba la intuición y la comparación como medio de aproximación a la realidad interior del genio.

Después de Kant el concepto de genio fue apropiado por las estéticas del romanticismo e idealismo alemán, que, de acuerdo con Gadamer, elevaron el concepto de genio a un trascendental haciéndolo así también participe del *Geist* hegeliano

Fichte and Schelling made new use of this idea in their aesthetics. Unlike Kant they considered the standpoint of art (as the unconscious production of genius) all inclusive—embracing even nature, which is understood as a product of spirit. But now the basis of aesthetics has shifted. Like the concept of taste, the concept of natural beauty is also devalued, or differently understood. The moral interest in natural beauty that Kant had portrayed so enthusiastically now retreats behind the self-encounter of man in works of art. In Hegel's magnificent Aesthetics natural beauty exists only as a "reflection of spirit." (Gadamer, 51)

Por otra parte, como bien señala Sultana Wahnón, la gran contribución de la hermeneútica moderna fue complementar la teoría kantiana del arte bello con una nueva hermenéutica literaria basada en la intuición (27), es decir, convertir al sujeto cognoscente (hermeneuta o crítico) en una figura semejante al Genio artístico.

Por su parte los estudios literarios fueron receptivos con la estética kantiana, aunque esta se haya adoptado a partir de la lectura del idealismo alemán. Por ejemplo, en la Alemania del siglo XIX el estudio del idioma en su relación con la vida interior del artista y la vida interior de su pueblo (*Volk*), parte en buena medida de la ruptura con el universalismo ilustrado que representaba la “originalidad” del Genio kantiano. Este resultó en la instrumentalización del idioma como medio de acceso a la particularidad de un pueblo, elevado a un esencialismo transcendental: el espíritu (*Geist*). En el núcleo de este proceso de instrumentalización de la lengua en función del espíritu, está, además, lo que Marina Closs denomina “el mito del regreso a la fuente” (26), una forma específica en la que la tradición alemana se ha apropiado del platonismo para desmarcarse de los universalismos provenientes de los países latinos; en un primer momento con el cisma luterano y en la modernidad con el helenismo y el occidentalismo.

En el “mito del regreso a la fuente” se encuentra explicada la centralidad que tuvo la filología en la academia alemana¹⁸, por ser una ciencia legitimadora del nacionalismo popular. Esta consagración de la filología comienza en Alemania con la filología clásica y el paso de la cultura helénica como mera alternativa modélica a la relación filial, la idea de Grecia como antepasado étnico de Alemania:

Al principio, la filiación aparece dada por descarte: el alemán resulta el único idioma europeo que logra escapar del sello del latín (Benes, 2008: 161). Pero las teorías de filiación se toman esta familiaridad de un modo cada vez más literal: en 1804, Arnold Kanne propone la hipótesis de que ambas tribus (la germana y la griega) vivieron en un pasado lejano, muy próximas en el norte de Europa (*idem.* 168). Con el paso de los años y la obsesión creciente por las filiaciones, el filólogo K.O. Müller propondrá en 1824 que los pueblos dorios constituyen el corazón de la cultura griega, y que estos míticos invasores son, en realidad, tribus germanas (Closs 28).

Para sustentar esta relación filial, la filología moderna, comenzó a interesarse cada vez más por las metodologías comparatistas¹⁹, siendo central para la justificación nacionalista ya no solo la filología neoclasicista, sino que también la filología de idiomas extranjeros, especialmente las filologías orientalistas. El mito del regreso a la fuente obtuvo, por medio de la gramática comparada, un nuevo giro en 1808, cuando Schlegel populariza en Alemania la teoría de William Jones sobre el parentesco entre las lenguas europeas y el sanscrito con su obra *Über die Sprache und Weisheit der Indier* (Closs, 30). Desde ese momento la filología alemana, procura una “deseuropeización” (realmente un alejamiento de la Europa latina) legitimándose, por medio de la relación lingüística con el sanscrito, como heredera de una cultura anterior a la europea. En este sentido, Closs comenta que la germanística decimonónica es en realidad deudora del aparato metodológico desarrollado en los estudios comparativos y en la indología (30).

¹⁸ El siglo XIX la encuentra en el centro del mapa académico, como “reina de las ciencias” en Europa, con un poder epistemológico e institucional que le permitía establecer los estándares de cientificidad para toda una gama de disciplinas –más allá de lo que hoy conocemos como humanidades–, a tal punto que es el seminario filológico de fines del siglo XVIII el que proporciona el modelo para la universidad humboldtiana (Ennis).

¹⁹ En los primeros años del siglo XIX, Georges Cuvier publicó *Leçon D'anatomie Comparée*. Esta obra abre al mundo de la ciencia el rigor del método comparativo y lo eleva a la categoría de método científico. La comparación, que se encuentra en la base de la observación, se había venido haciendo con anterioridad; incluso en el campo de las lenguas se había apreciado que existía mayor familiaridad entre unas que entre otras (Pedrazuela 17).

En el contexto geopolítico europeo del siglo XIX, en donde Alemania apenas está surgiendo como una nación moderna y todavía se encontraba en la periferia cultural de Europa, es evidente que el desarrollo de la filología concordara con las pretensiones de independencia política e intelectual reaccionando en contra del universalismo francés. No obstante, la actitud reaccionaria de la filología alemana no es, a pesar de la gran circulación de sus métodos en los países hispanoamericanos, equivalente ideológicamente. Esto en buena parte debido a la complejidad étnica, pero también porque el hispanismo era una identidad establecida, consagrada con anterioridad y parte fundamental de la Europa latina (y su universalismo primero renacentista y después ilustrado).

La realidad geopolítica e intelectual de Hispanoamérica, e incluso de España, en el siglo XIX estaba dramáticamente alejada de Alemania, por lo que la recepción de la filología moderna y su instrumentalización no obedeció a las mismas motivaciones genealógicas e historicistas²⁰ alemanas. Como se comenta más arriba, la formación de los estados americanos independientes era cosmopolita y el principal factor de legitimidad en los gobiernos era la pretensión civilizatoria como una tarea de modernización. A diferencia de la Alemania decimonónica, los estados hispanoamericanos no basaron su identidad en el “mito del regreso a la fuente”, a pesar de la clara pretensión de continuidad (más adscrita a la herencia cultural europea que a la estrictamente peninsular). Esto se debe a que las pulsiones utópicas de los ilustrados se encontraban manifestadas, no en una restitución de lo hispánico (este ya se encontraba explícito y consagrado por los conservadores), sino en la contemporaneidad política, institucional y estética con las naciones europeas.

La aparición de la filología moderna alemana en los países de habla hispana es difícil de rastrear, porque en buena parte la metodología comparatista y el trabajo de campo de las ciencias modernas ya había sido ejercida para la clasificación de las lenguas americanas durante el periodo colonial. Esto se constata en el trabajo de los jesuitas Lorenzo Hervás (1735 - 1809) en la Península y Francisco Javier Clavijero (1731 - 1787) en la Nueva España, ambos autores de obras filológicas

²⁰ Para que la filología hispanoamericana siguiera a la ideología alemana, especialmente en el esencialismo trascendental de la identidad popular, tuvo que surgir antes el arielismo de José Enrique Rodó y su traspaso a los estudios literarios por parte de Pedro Henríquez Ureña en la “expresión americana”. Por otra parte, es mucho más notable la influencia del idealismo alemán y el nacionalismo étnico en los nacionalismos indigenistas o mestizantes de personajes como José María Arguedas en el Perú y José Vasconcelos en México.

interesadas en las lenguas indígenas como *El catálogo de las lenguas y naciones conocidas* (Hervás) y *Reglas de la lengua mexicana con un vocabulario* (Clavijero). Si bien la tradición filológica ilustrada de los jesuitas quedó interrumpida abruptamente por su expulsión del imperio a manos de Carlos III en 1767, no es imposible que la estilística, la retórica y la gramática hispanas hayan adquirido, en su experiencia con las lenguas indígenas, una mayor tolerancia ante las variables dialectales americanas y métodos para la investigación de campo en el estudio del idioma en su uso popular y cotidiano.

Por otro lado, se debe reconocer también otra dificultad en la historia de la circulación: la participación de las academias extranjeras en las filologías hispánicas. Pedrazuela, en su historia de la filología moderna en España, titulada *El orden de las palabras* (2021) incluye en la tradición intelectual de la moderna filología española a hispanistas de otras naciones “no debemos olvidar el trabajo realizado por hispanistas franceses, alemanes y austriacos, como Morel-Fatio, Foulché-Delbosc, Ferdinand Wolf, Meyer-Lübke, Hugo Schuchardt, entre otros” (106). Menciona también a los filólogos alemanes Roberto Lenz y Federico Hanssen, a los que considera, por su labor desempeñada en Chile, parte de la tradición filológica hispanoamericana (106)

Ahora bien, la aparición constatable de la filología moderna en los países hispanos ocurre con bastante cercanía temporal en la segunda mitad del siglo XX. En Hispanoamérica empezó a circular la filología moderna con la legitimación de la continuidad y comprensibilidad del español en los dialectos hispanoamericanos, en las empresas gramaticales y comparatistas de Bello en Los cuadernos de Londres y en los estudios de las lenguas indígenas. Por otra parte, la entrada de la nueva filología alemana en España es usualmente adscrita a Ramón Menéndez Pidal por su labor como fundador de la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos en 1910, institución que legitimó a la filología como ciencia moderna y la dotó de un carácter programático (103). No obstante, Pedrezuela indica que antes de obtener su autonomía, los métodos de la filología moderna ya se encontraban presentes en el trabajo de intelectuales como Manuel Milà i Fontanals (1818 - 1818), Joaquín Costa (1846 - 1911), Marcelino Menéndez Pelayo (1856 - 1912) y Miguel de Unamuno (1864 - 1936) (77 – 78).

El trabajo de campo y la documentación de la lengua hablada obtuvieron a mitad del siglo XIX un matiz ideológico nacionalista popular en España, alejándose de los estudios de las lenguas indígenas llevados a cabo por los jesuitas en los últimos años de la colonia, que aún se encontraban

inmersos en el universalismo humanista y en el enciclopedismo ilustrado. Por ejemplo, en el trabajo de campo del filólogo catalán Milà i Fontanals, quien entendía al lenguaje como “algo unido al pensamiento” (Pedrazuela 80), la recolección de la literatura oral (del español, el catalán y el provenzal) era un gesto mayor: una forma de reconocer la identidad espiritual de los pueblos en su evolución histórica. Esta concepción trascendental de la lengua y la importancia del trabajo de campo para la correcta identificación del espíritu de un pueblo es la que también se encuentra detrás de la dialectología de Joaquín Costa y del programa filológico de Menéndez Pidal.

En cambio, en América latina la identificación del habla, o el uso popular de la lengua con la esencia inherente de un pueblo, fue escasa hasta bien entrado en siglo XX con la presencia de nacionalismos étnicos. Por otro lado, las metodologías comparatistas de la nueva filología alemana recibieron una aceptación rápida en los países hispanoamericanos, ya que el trabajo de campo y la documentación de la evolución de la lengua fueron de especial utilidad para el estudio de las variantes dialectales del español.

Como se comentaba con anterioridad, la Academia Mexicana de la Lengua, defendió el dialecto nacional como legítima continuidad del español. La ideología detrás de esta defensa a finales del siglo XIX era tanto hispanista y conservadora como liberal e ilustrada, sin ser nunca realmente popular o genealógica, por una razón primordial: la identidad etno-lingüística de una parte considerable de la población era indígena o mestiza.

A pesar de los esfuerzos indigenistas del siglo XX por la recuperación bibliográfica de la tradición literaria de los pueblos indígenas aun ha quedado pendiente la elaboración rigurosa de las diversas consideraciones y reflexiones de estos sobre su propia lengua y literatura. Hasta entonces es inevitable aceptar que una historia de la literatura o una historia (como la que se pretende aquí) de la teoría y crítica literaria en el territorio mexicano queda incompleta. Sin una historia de la teoría literaria de los diversos pueblos indígenas del territorio mexicano, que dé cuenta de su relación identitaria con la lengua y con los textos de su tradición, no se puede saber con rigor en qué manera las ideas ilustradas y románticas de la aristocracia (en su imposición lingüística) afectaban a formación identitaria de las diversas comunidades étnicas de México.

Al contrario, la caracterización que las élites criollas ilustradas dieron a las lenguas indígenas en el siglo XIX está lo suficientemente documentada como para poder argumentar su instrumentalización. Esta instrumentalización se puede definir en dos propósitos mayores: 1) El

desprestigiarlas para enfatizar la necesidad del español como lengua civilizadora; en el reconocido binomio barbarie – civilización y 2) Mejorar la comprensión del dialecto mexicano, que está repleto de préstamos lingüísticos provenientes de las lenguas indígenas.

La necesidad del desprestigio de las lenguas indígenas por parte de las élites criollas ilustradas es constatable en las políticas lingüísticas del país, que como menciona Cifuentes fueron indudablemente las del “desplazamiento lingüístico” (219). En México, como en otros países de Latinoamérica en los primeros años de independencia, la alfabetización, y por lo tanto la introducción del ciudadano al sistema simbólico de la nación fue sinónimo de “castellanizar” (Cifuentes y Ros136). Como bien indican las cifras dadas por Cifuentes y Ros, las políticas de desplazamiento lingüístico de las naciones independientes fueron terribles para las lenguas indígenas de México, que hasta ese momento habían decrecido en porcentajes menos exagerados:

En 1650, el 83% de la población de la Nueva España era indígena; hacia finales del siglo XVIII la proporción de la población indígena disminuyó al 78% y en los momentos en que dio inicio la guerra de independencia (1810) el porcentaje de indígenas se calculaba en 64%... Esta situación cambió radicalmente durante el *siglo XX*, tal y como muestra el primer censo nacional, realizado en 1895. Sus datos indican que los hablantes de lenguas indígenas tan solo representan el 17% del total de los habitantes, frente a un 73% de población hispanohablante (Cifuentes y Ros).

Por otra parte, es justo señalar también que los estudios del dialecto español mexicano beneficiaron el interés por el estudio de las lenguas indígenas, aun cuando haya sido para su instrumentalización. Esto explica que los métodos de la nueva filología alemana, como el trabajo de campo y el comparativismo histórico (y en menor medida el genealógico), hayan prosperado en los estudios de las lenguas indígenas.

Contemporáneo de Fontanals, Francisco Pimentel publicó el primer tomo de *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México* en 1862, en las que renovó la categorización lingüística de Clavijero. Si bien Pimentel leyó con atención la filosofía del idealismo alemán²¹ y la filología del romanticismo, su intención con los estudios literarios,

²¹ Como indica Hernández Suárez en El nacionalismo material e incorpóreo: Hacia una historia de las ideas históricas en México del XIX:

lingüísticos e históricos seguía siendo de carácter ilustrado, es decir, con la intención de justificar el uso del español por el bien de la nación, si acaso añadiendo un discreto componente racista. Sobre el componente étnico, la postura de Pimentel es bastante ambigua. Como ha como ha comentado Nivón Bolán, Pimentel usa el término de raza “como un sustantivo para diferenciar a los grupos humanos: raza humana, raza indígena o raza española” (49). No obstante, para Pimentel la identidad de estos grupos humanos no es meramente étnica, llegando a acercarse en varias ocasiones al constructivismo, como lo demuestra en su libro *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México, y medios para remediarla*, (). En esta obra Pimentel explica que la supuesta degradación de los indígenas es fundamentalmente histórica y circunstancial (Nivón 49).

Por otro lado, en el campo de la lingüística, su *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México* deja entrever un fundamento esencialista y evolucionista en su clasificación de las lenguas. Un ejemplo del paradigma evolutivo lo encontramos en su defensa de la superioridad de las lenguas flexivas en relación con las “cuasi monosilábicas” (Garza Cuarón), con cual pretendió justificar al español como lengua de la nación.

Pimentel, adelantándose a Vasconcelos, propuso el mestizaje como un método tanto racial como espiritual para la fabricación de una identidad común mexicana. No obstante, hay una clara desigualdad en el mestizaje propuesto por Pimentel, pues para el filólogo este proceso significaba educar a los indígenas en los ideales ilustrados y hacerlos genéticamente más semejantes a los europeos. En todo caso “civilizar al indio” no era solo una cuestión intelectual o cultural, sino que también implicaba la necesidad racial de “blanquearlo” (Nivón 59).

Por este motivo, es necesario comentar, que, si bien existía un ideal de mestizaje en el siglo XIX para ayudar a la unificación de la identidad mexicana, este no proceso no fue de carácter popular, ni bajo los valores de pluralidad cultural, sino como una necesidad de la aristocracia criolla para incorporar a los indígenas a su propia identidad racial y espiritual. Y, a pesar del uso

La reacción más sistemática contra el realismo la elaboró Francisco Pimentel en la *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México* (1883), así como en su inconclusa y póstuma *Novelistas y oradores mexicanos* (1879).¹³ Para Pimentel el problema de la novela no era otro sino una discusión entre el realismo y el idealismo. Mientras que, para Schlegel, en *Historia de la Literatura*, se trataba de una forma particular de poesía, para Hegel la novela fue un género prosaico burgués. Pero Pimentel propuso que era factible reconciliar ambas propuestas a partir de “leyes psicológicas” en la configuración de la novela (27).

de los métodos comparatistas y científicos modernos (con los cuales la filología alemana había logrado dar carácter popular a su identidad nacional y justificar el habla del pueblo en frente de la homogeneidad lingüística y normativista del neoclasicismo ilustrado) en el campo intelectual mexicano y en su institución perduró la visión monolítica del español como única lengua nacional.

3. Los estudios literarios mexicanos en la primera mitad del siglo XX

3.1 Del modernismo al arielismo: la formación de la Universidad Nacional de México

Entre el ideal civilizatorio del positivismo de Gabino Barreda y de los miembros de la Academia de la Lengua Mexicana durante el cambio de siglo y la construcción de la identidad popular de la Revolución fue necesaria la circulación y apropiación hispanoamericana de la filosofía idealista moderna. Es decir, la tradición que a partir de la lectura de la estética de Kant por parte del idealismo alemán había pasado (mediado por el simbolismo francés) al modernismo hispanoamericana en las últimas décadas del siglo XIX.

Si bien, como se exploraba más adelante, la estética kantiana (en el concepto del genio y su lectura por parte del idealismo alemán) sirvió para acrecentar en los estudios literarios la ya de por sí existente brecha cultural y genética inaugurada por Herder (materializada en las metodologías históricas y comparativas de la filología decimonónica) devino, en el romanticismo como en el idealismo alemán, en un vitalismo recalcitrante. Este vitalismo es evidente en la creación literaria del romanticismo, el simbolismo y el modernismo, no obstante, es menos apreciable en la teoría y crítica literaria, cuya prescriptiva y normativa resultan antagónicas al subjetivismo vitalista de la figura del genio.

El resultado en la historiografía de la literatura iberoamericana ha sido un análisis genealógico muy completo de las fuentes del modernismo y su estética (en gran parte llevado a cabo por el pensador colombiano Rafael Gutiérrez Girardot en *Modernismos: Supuestos históricos y culturales*), pero todavía parco en lo que concierne a la teoría y crítica literaria del modernismo. En el contexto mexicano, esta carencia hace que a veces se ignore la posibilidad de rastrear los inicios de una disciplina literaria moderna en la crítica impresionista de los modernistas. Un ejemplo de esta participación lo encontramos en los profesores cercanos al modernismo que dieron clase en la Escuela Nacional Preparatoria a principios del siglo XX, quienes, de acuerdo con Ugalde Quintana, conformaban (en oposición a los miembros de la Academia de la Lengua Mexicana) uno de los principales grupos intelectuales de la institución (161). Ugalde pone, por

ejemplo, la actividad que tuvo el modernista Jesús Urueta (1867 – 1920) en los estudios literarios de la Escuela Nacional Preparatoria:

El antiguo director de la *Revista Moderna* era profesor de esa institución desde 1902; en ese año inauguró el curso de “Lecturas Literarias”. Poco después realizó, con ayuda de Luis G. Urbina y Amado Nervo, una serie de lecturas en voz alta de las tragedias de Esquilo (Díaz y de Ovando 2006: 461 - 462). Al cabo de un tiempo concretó también unas charlas sobre cultura ática. (Ugalde 161)

Como otros modernistas de América Latina, Jesús Urueta se interesó por el mundo helénico como parangón regional y respuesta al excesivo positivismo de la época. No obstante, a diferencia de la filología alemana, esta obsesión no se veía impulsada por la dramática necesidad de desembarazarse del mundo latino (o específicamente de Francia) culturalmente, por lo que su asociación con las metodologías gramaticales, estilísticas y comparatistas de la filología moderna (si bien no completamente ajenas a estas) era bastante escueta en los modernistas. Por otro lado, el mundo helénico no fue, como en Alemania, una alternativa a la herencia europea, sino una reacción a las contradicciones del positivismo, como también lo demuestra la preferencia de fuentes históricas de la tradición francesa: Renan, de Brunetiere, Émile Faguet, Paul Girard, Emile Croiset (Ugalde 162).

En México, se puede argumentar que el modernismo se estableció con firmeza en 1894 con la fundación de la revista *Azul* por parte de Manuel Gutiérrez Nájera, Luis G. Urbina y Carlos Díaz Dufoo, la cual a pesar de su breve existencia (1894 - 1896) fue la precursora de la *Revista Moderna* (1898 - 1903) y la *Revista Sabia Moderna* (1906). Desde la fundación de la *Revista Azul*, con clara referencia al libro homónimo de Rubén Darío, fue adjudicada a los escritores modernistas el ejercicio de una crítica literaria impresionista (Gutiérrez 370), palabra que por lo demás marca el siglo XX y polemiza aún con la recepción del estructuralismo y el posestructuralismo en el discurso “Crítica Literaria Tradicional y Crítica Neoacadémica” (1981) con el que Antonio Alatorre ingresó al Colegio Nacional.

En un trabajo reciente, *La crítica literaria en la Revista Azul y la genealogía del “Invernadero Decadentista” en México: imágenes de la recepción crítica* (2023), José Ismael Gutiérrez ha propuesto la posibilidad de estudiar “los modelos de crítica literaria” (370) presentes en la revista e identifica la preeminencia de dos tipos de análisis literarios: la crítica positivista y

la crítica impresionista (siendo esta última casi exclusiva de los modernistas) (370 - 371). Si bien durante los últimos años del siglo XIX, los conservadores y positivistas de la Academia Mexicana de la Lengua ya habían reaccionado en contra del modernismo, esto se debía más a un debate estético en su creación literaria, que a un conflicto con el vitalismo e impresionismo de su crítica²². Será hasta la primera década del siglo XX, que escritores como Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes denuncien la falta de rigor de la crítica modernista.

Por otra parte, resulta posible trazar una línea directa entre la crítica literaria de las revistas modernistas y el carácter idealista trascendental y nacionalista de la Universidad Nacional de México (1910) de Justo Sierra. Esto se debe a un proceso de apropiación del vitalismo por parte de discursos cada vez más politizados, como el panhispanismo de Pedro Henríquez Ureña, la filosofía de lo mexicano de Antonio Caso y, más claramente, el mestizaje de Vasconcelos. Se trata de un proceso por el cual también se hace patente un nacionalismo étnico y popular como el propuesto por Herder en Alemania.

La función de la literatura y de los estudios literarios en la transición del ideal civilizatorio como pilar de la identidad nacional al nacionalismo étnico fue, en las dos primeras décadas del siglo XX, apenas perceptible por culpa de la Revolución Mexicana (1910 - 1917), pero en estos años se encuentra la gran síntesis intelectual que en 1921 permitió a Vasconcelos la consolidación de la literatura como elemento fundamental de la educación mexicana. En todo caso, uno de los mayores actores de la síntesis del XIX y, paradójicamente, del ideal nacional mexicano fue el dominicano Pedro Henríquez Ureña, quien fue el responsable de introducir el arielismo en los miembros de la Sociedad de Conferencias y por ende al campo intelectual del país.

²² Nótese el intercambio postal y en prensa que Victoriano Salado Álvarez (1867 - 1931) mantuvo a partir de 1897 con los miembros de la Revista moderna y que ha sido titulado *Polémica modernista* por la historiografía literaria mexicana. En esta polémica, Salado reacciona no solo en contra del “afrancesamiento del modernismo, sino que también contra la nueva estética que va más allá del concepto de “buen gusto”:

Que la gente vive aquí agotada, desesperada, tediosa, queriendo marcharse al “paraíso de la locura” [...], que como su amigo de usted el estilista Ceballos asienta, en el estado de pulimiento en que nos hallamos, nos agrada ver correr sangre humana, o que, según pretende el joven Couto, como una muestra de refinamiento y de buen gusto, hay quien sienta placer en matar a su manceba por simple afán colorista, por ver correr la sangre roja sobre la piel blanca, o quien experimente tentaciones de matar a su hijo en razón de no sé qué tiquis miquis filosófico y sentimentales; y todo lo demás que ustedes con la mayor seriedad escriben, de seguro para hacer temblar las pajarillas de los pobres provincianos como yo. (Salado Álvarez en “Grito de rebelión del Ideal” La polémica literaria de 1898 como estrategia de legitimación del modernismo mexicano)

La participación de Henríquez Ureña en el campo intelectual mexicano y el nacionalismo revolucionario del siglo XX se ha evidenciado en la historiografía cada vez con mayor claridad. Realmente, las historias de las ideas de México se habían decantado por señalar la tradición filosófica de Caso y la filosofía de lo mexicano (de base fenomenológica) como vena directa del idealismo trascendental de Vasconcelos, y por ende del proyecto cultural mexicano en su totalidad, dejando a la literatura un lugar secundario en este proceso. No obstante, como bien lo ha señalado Rafael Mondragón, Henríquez Ureña estuvo no solo en el centro de la institucionalización de los estudios literarios en la Universidad Nacional de México (y posteriormente como influencia directa del Centro de Estudios Lingüísticos y literarios del COLMEX), sino que también en la “profesionalización” de las humanidades (266), una autonomía de la instrumentalización que habían sufrido por parte de la aristocracia y la burguesía, pero no una indiferencia de toda la sociedad (266).

Lejos de la apatía, el pensamiento comprometido socialmente de Henríquez Ureña y de los miembros de la Sociedad de Conferencias (posteriormente conocidos como el Ateneo de la Juventud) antes de la Revolución mexicana procuraba un compromiso popular, más cultural que étnico en el arielismo panhispanista, aunque haya sido apropiado por el nacionalismo del gobierno posrevolucionario (bajo el concepto étnico de mestizaje) como herramienta de cohesión social y justificación del excesivo paternalismo del estado. Desde su llegada al país en 1906, la labor de Henríquez Ureña siempre estuvo marcada por su actividad en la esfera pública. Durante su primer año en México trabajó como periodista en Veracruz y en Ciudad de México (García Morales 31), para posteriormente participar en la Revista Moderna de Couto y Valenzuela, y ser secretario en la Revista Savia Moderna de Alfonso Cravioto.

Es relevante mencionar, que a su llegada Henríquez Ureña tenía apenas veintidós años y un solo libro publicado *Ensayos Críticos* (1905), textos publicados originalmente en artículos de temáticas diversas, que eran aún de tendencia impresionista e idealistas de los modernistas (aunque matizados con el pensamiento crítico sintético de los también idealistas Matthew Arnold y José Enrique Rodó). Sobre la importancia que Henríquez Ureña ha dado al modernismo en la región García Morales comenta:

Henríquez Ureña comprendió desde su último año en Santo Domingo y cada vez con más claridad, que el modernismo había iniciado una transformación de gran alcance. Al liberar

en profundidad el lenguaje literario, le dio a Hispanoamérica, acaso involuntariamente, la «independencia literaria» que habían ambicionado sus escritores desde 1810; una literatura propia, pero no extraña a la del resto de Occidente, original y a la altura de su tiempo. Veremos que para Henríquez Ureña la «libertad en el arte» era el verdadero logro del modernismo. (25)

Esta nueva identidad e independencia literaria sería posteriormente consagrada en el término de expresión en su libro “Seis ensayos en busca de nuestra expresión” (1928). No obstante, para Henríquez Ureña la expresión no significó, como para la estética romántica, lo particular del genio creador, sino una categoría cercana a la tradición literaria, que, a pesar de sus claros matices trascendentales, procuraba también el relevante proyecto material de la conservación de la cultura, materializado en la educación.

La primera temporada de Henríquez Ureña en México (1906 - 1914) se puede resumir en dos puntos clave: la formación de un programa de las responsabilidades del intelectual público y la construcción del ideal de la educación como verdadero pilar identitario de América Latina. Sobre la primera se debe mencionar la responsabilidad por la propia formación, la responsabilidad por renovar el campo intelectual al que se pertenece según las necesidades de su tiempo. En este sentido, Henríquez Ureña noto una carencia fundamental en el modernismo: la falta de rigor científico y de las nuevas metodologías de la filología y la lingüística en la crítica. Y, a pesar de que aceptó la influencia del método humanista y erudito de Menéndez Pelayo como complemento del impresionismo modernista²³, su verdadera contribución al campo intelectual mexicano fue la apropiación y divulgación de las metodologías científicas (que durante el siglo pasado habían sido relacionadas con los conservadores y puristas de la lengua) entre una nueva generación (la Sociedad de Conferencias) de intelectuales liberales no alineados a los intereses del gobierno porfirista, sino que autonombrados “modernistas” (por la autonomía que le concedían a la literatura) y seguidores de Gutiérrez Nájera, como se puede notar en la “Protesta literaria” (1907) en el contexto de la Polémica de la Revista Azul:

²³ “De la erudición caudalosa de Menéndez Pelayo, había pasado al conocimiento científico, sistematizado y moderno de la escuela de Menéndez Pidal” (Reyes en Galindo Ulloa 29).

Somos modernistas, sí, pero en la amplia acepción de ese vocablo, esto es: constantes evolucionadores, enemigos del estancamiento, amantes de todo lo bello, viejo o nuevo, y en una palabra, hijos de nuestra época y de nuestro siglo. Un mismo ideal nos une: somos jóvenes y fuertes y nutrimos nuestro cerebro en todas las ramas de arte, para ser verdaderamente cultos (Varios en García Morales 52).

La postura ecléctica que Henríquez Ureña y los miembros de la joven Sociedad de conferencias en su apropiación del modernismo como expresión de América Latina y su carácter antológico, se puso al servicio del ideal de educación. Primero en medios no institucionalizados como las revistas literarias *Revista Moderna* y *Savia moderna*, y después en la periferia de la academia con la Sociedad de conferencias (todos alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria). No obstante, la institucionalización del pensamiento de Henríquez Ureña se debe rastrear en su relación con Justo Sierra (1848 - 1912), secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes de 1905 a 1911.

La participación que Justo Sierra mantuvo con los miembros de la *Revista Moderna* y la *Revista Savia Moderna*, muchos de ellos involucrados en la Sociedad de Conferencias y posteriormente el Ateneo de la juventud, fue desde un principio muy cercana. Esto a pesar de ser parte de la tradición positivista de Gabino Barreda, Justo Sierra presta el Teatro del Conservatorio Nacional a los alumnos jóvenes de la Escuela Nacional Preparatoria (García Morales 112) para realizar las primeras conferencias extrainstitucionales de estudios helénicos en el campo intelectual mexicano, que ya en 1908 se consolidarían como un grupo intelectual bajo la instrucción de Pedro Henríquez Ureña y con la participación figuras centrales de la estética y la teoría literaria mexicana del siglo XX, como José Vasconcelos, Alfonso Caso y Alfonso Reyes.

De igual manera, la influencia que Henríquez Ureña y otros miembros de la Sociedad de Conferencias, influenciaron a Justo Sierra en el idealismo trascendental del arielismo. Influencia que se materializó en la renovación de la educación superior mexicana con la fundación de la Universidad Nacional de México en 1910, institución cuya intención era la formación nacional, desde el ámbito popular y que sentó las bases para el nacionalismo étnico del mestizaje de José Vasconcelos después de la Revolución Mexicana.

Ya en sus primeros años la Universidad Nacional de México mostraba una intención de renovar los estudios literarios con la inauguración de la Facultad de Humanidades en 1913:

Por primera vez se oyen los nombres de asignaturas como Estética, Ciencia de la Educación, Literatura Inglesa, Lengua y literatura Españolas, Literatura francesa. De allí surgen también una nueva generación de estudiantes: Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint, Vázquez del Mercado y Xavier de Icaza (Reyes en Galindo Ulloa 43).

Sobrepasando la hegemonía positivista de la Escuela Nacional Preparatoria de Gabino Barreda, la universidad de Justo Sierra significó una verdadera síntesis entre los métodos filológicos modernos de los miembros de la Academia Mexicana de la Lengua y el idealismo trascendental del arielismo introducido por Henríquez Ureña.

3.2 Vasconcelos y el mestizaje como *Weltliteratur*

Entre los pensadores pertenecientes al grupo intelectual conocido como el Ateneo de la juventud²⁴, el intelectual que más se preocupó por el problema de la *Weltliteratur* en su concepción propiamente goethiana fue el escritor regiomontano Alfonso Reyes en su ensayo “Apolo o De la literatura” (1940) y en menor medida, en sus escritos dedicados a Goethe (reunidos en el tomo XXVI de sus Obras completas). No obstante, una revisión de las obras del resto de miembros demuestra un gran interés por debates cercanos a la literatura comparada, motivados por la búsqueda común de la identidad nacional.

En este contexto, la figura intelectual de José Vasconcelos, quien fue el primer titular de la Secretaría de Educación pública en 1921 y candidato presidencial en 1929, y su conceptualización del “mestizaje espiritual” como solución teórica a la identidad mexicana adquirieron un lugar central en el campo político e intelectual mexicano del resto del siglo XX. Si bien este proyecto se pretendió en principio, desde la estética y la política²⁵, se puede advertir que la literatura (como

²⁴ La fecha de creación del grupo y sus miembros varían dependiendo de la historiografía. No obstante, se suele señalar el año 1910, la fundación de la Universidad Nacional, como fecha de conformación. Sus figuras centrales fueron el intelectual porfirista Justo Sierra y el dominicano Pedro Henríquez Ureña.

²⁵ Identificables en la “triple ley” de la paradigmática obra de 1925, *La Raza Cósmica*: Finalmente, en el centro debía erigirse un monumento que en alguna forma simbolizara la ley de los tres estados: el material, el intelectual y el estético. Todo para indicar que, mediante el ejercicio de la triple ley, llegaremos en América, antes que en parte alguna del globo, a la creación de una raza hecha con el tesoro de todas las anteriores, la raza final, la raza cósmica (*La Raza Cósmica* 30).

parte del concepto más amplio de cultura) quedó dispuesta a una poética implícita que concordaba con las afinidades intelectuales de los miembros del Ateneo de la juventud.

En el plano temático de la literatura, por ejemplo, la hegemonía de los miembros del Ateneo de la juventud en el campo intelectual mexicano se manifestó con una preferencia por lo local, como se puede notar en los géneros que surgieron a partir de la década de 1920: la novela de la revolución y la literatura indigenista²⁶. Dicha preferencia por los temas nacionales no surge arbitrariamente, sino que corresponde al proyecto político posrevolucionario, en el cual varios de los miembros del Ateneo tuvieron participación tanto cultural como política²⁷. Este proyecto, gestado principalmente por Vasconcelos en las instituciones educativas públicas del país, se hace patente en sus diversas expresiones culturales de la primera mitad del siglo XX: en las artes plásticas, el muralismo mexicano; en la filosofía las obras de Caso, Ramos y el Grupo Hiperión; en el cine con la llamada “Epoca de oro”; posteriormente en la historiografía con obras como *La invención de América* (1958) de O’Gorman. A partir de esta muestra, se hace evidente una poética interdisciplinaria común en el campo intelectual mexicano y que no fue ajena a su interacción con otros campos intelectuales o con las concepciones de cultura mundial implícitas en la teoría y crítica literaria.

No obstante, la preferencia por los temas locales, populares o “mexicanos” se complementaba con la pretensión de elevar lo particular a lo universal, apoyado por la idea de que el continente americano, es de por sí el mejor representante de la humanidad en su totalidad por sus condiciones históricas, un gesto claramente dialectico, que define la obra de Vasconcelos y el concepto de mestizaje:

Tenemos, pues, en el continente todos los elementos de la nueva Humanidad; una ley que irá seleccionando factores para la creación de tipos predominantes, ley que operará no conforme a criterio nacional, como tendría que hacerlo una sola raza conquistadora, sino

²⁶ Ambos tópicos habían adquirido una gran popularidad para finales de la década y principios de la siguiente, siendo las obras de Martín Luis Guzmán, también miembro del Ateneo en su juventud, los principales paradigmas temáticos y estilísticos de la novela revolucionaria: *El águila y la serpiente* de 1928 y *La sombra del caudillo* de 1929).

²⁷ Véase Espinasa:

La visión política de grandes registros y el talento expresivo de Vasconcelos —y en general de todos los miembros del Ateneo— hacen que convivan ambas posturas en una simbiosis complementaria: la salud de la alta cultura se apoya en una cultura popular con considerable densidad y genio, para configurar la idea de nación que necesitaba el país para su pacificación y cohesión (67).

con criterio de universalidad y belleza; y tenemos también el territorio y los recursos naturales (*La Raza Cósmica*, 29)

Es justamente esta pretensión de encabezar la síntesis de la totalidad de las “razas” como objetivo dialéctico lo que emparenta el proyecto cultural de Vasconcelos con la *Weltliteratur* de Goethe.

En retrospectiva el proyecto cultural de Vasconcelos al final de los años veinte aparece como un ademán de retraimiento nacionalista si se le compara con el cosmopolitismo de los modernistas en el cambio de siglo, porque, a pesar de su admitido ímpetu universalista, Vasconcelos (como Goethe), no esconde sus intenciones de liderar la formación de la cultura mundial desde un espacio concreto: América Latina. Cabe aclarar que Vasconcelos, seguidor del arielismo de Rodó, pensó a México en una lógica regional más que nacional.

En comunión con su regionalismo, Vasconcelos insistió en utilizar una terminología que insistía en la idea del mestizaje como elemento unitario, por ejemplo: Hispanoamérica e Iberoamérica. A esta primera identificación de orden racial se añade, en un segundo momento, la conciencia de un “atraso” respecto a otras naciones, que Vasconcelos identifica no como una condición esencial, sino histórica:

Tenemos entonces las cuatro etapas y los cuatro troncos: el negro, el indio, el mogol y el blanco. Este último, después de organizarse en Europa, se ha convertido en invasor del mundo, y se ha creído llamado a predominar lo mismo que lo creyeron las razas anteriores, cada una en la época de su poderío. Es claro que el predominio del blanco será también temporal (*La Raza Cósmica*, 5).

A pesar de un vocabulario claramente racista y de las pretensiones eugenésicas de Vasconcelos en gran parte de su proyecto cultural, algunos críticos como Sánchez Prado han advertido que en *La Raza Cósmica* existen indicios de un pensamiento anticolonial²⁸. Este pensamiento es visible en la importación y exportación de productos culturales, puesto que estos procesos de circulación se convierten en herramientas de apropiación, en el caso del primero (reclamando como comentaría Reyes más tarde “la ciudadanía universal” de América Latina), y, en el caso del segundo, de subversión del sistema mundial en el plano estético y político.

²⁸ Véase “El mestizaje en el corazón de la utopía: La raza cósmica entre Aztlán y América Latina”: (el propósito con el que) Vasconcelos estructura su discurso es la puesta en acto de la ideología anticolonial heredada por Bolívar y Martí, una ideología que se convirtió en el centro crítico de su generación (388 - 389).

De igual forma, la conciencia de desigualdades en la producción y visibilidad de la cultura en el plano mundial lo llevaron a advertir la importancia de priorizar la identidad regional ante una globalización potencialmente homogeneizadora:

Para no tener que renegar alguna vez de la patria misma es menester que vivamos conforme al alto interés de la raza, aun cuando éste no sea todavía el más alto interés de la Humanidad. Es claro que el corazón sólo se conforma con un internacionalismo cabal; pero en las actuales circunstancias del mundo, el internacionalismo sólo serviría para acabar de consumir el triunfo de las naciones más fuertes; serviría exclusivamente a los fines del inglés (*La Raza Cósmica*, 8).

En esta cita, la priorización de las identidades nacionales en el proyecto humanista del mestizaje sugiere que la realización de la síntesis de la cultura mundial no debe ignorar el papel de las condiciones materiales e históricas impuestas por los estados coloniales. De esta manera, aunque implícitamente, Vasconcelos pondera un debate central de la *Weltliteratur*: la instrumentalización de la universalidad por parte de las potencias occidentales²⁹ delata la ideología nacionalista que se esconde detrás de un velo de “naturalidad” o de “necesidad”³⁰.

Las reflexiones de Vasconcelos sobre la formación de la cultura mundial que se explora en *La raza cósmica* figuran en el campo literario nacional se pueden dividir en tres áreas de su actividad intelectual 1) La crítica y la creación literatura 2) Las obras dedicadas a la estética y 3) Las políticas culturales y educativas de su participación en el gobierno nacional. Sobre esta última se debe destacar una importante labor editorial, que tuvo lugar en la impresión de los diecisiete tomos de “clásicos verdes” durante su gestión de la Secretaría de Educación Pública (1921 - 1924). La influencia de la colección y las gestiones políticas de Vasconcelos han sido estudiadas en múltiples ocasiones por la historia política y cultural y últimamente han suscitado interés por parte de la literatura comparada. El artículo “World-Making in the Twentieth Century: The Rise of

²⁹ Herder es el principal referente histórico del antagonismo al universalismo. Como lo ha comentado Casanova, los alemanes formaron una alternativa ante el universalismo francés: La impugnación del monopolio francés de la legitimidad literaria ha logrado imponerse tan bien, en especial con Herder, que ha generado un polo alternativo (*La República mundial de las Letras*, 64).

³⁰ Sobre el nacionalismo implícito en los universalismos hegemónicos vale la pena tomar en cuenta las consideraciones de Williams en el capítulo “La cultura de las naciones” de su libro *Hacia el año 2000*: Es como si un nacionalismo realmente seguro, que ya está en posesión de su estado-nación, no pudiera verse a sí mismo como “nacionalista”. Su propia vinculación distintiva se considera natural y obvia, en contraste con las simples proyecciones de cualquier nacionalismo que todavía esté en proceso y por lo tanto incompleto (211 – 212).

Mexican World Literary Institutions” (2022) de Sánchez Prado detalla a cabalidad este aspecto de la vida intelectual de Vasconcelos.

Por otro lado, las reflexiones en torno a la teoría y la crítica literaria de Vasconcelos han sido menos prolíficas, en parte por el propio autor y su escasa producción en este ámbito. Aunque es justo mencionar que después de *La Raza Cósmica* y hasta su muerte en 1959 la reflexión en torno a la literatura orbita su obra filosófica (especialmente en la estética) y su producción literaria; por ejemplo, en los tomos autobiográficos *Ulises Criollo* (1935) y *El proconsulado* (1946).

En el ámbito de la teoría literaria el aporte más reconocible de Vasconcelos se encuentra en las reflexiones entorno a los géneros literarios en el ensayo titulado “La sinfonía como forma literaria” recopilado en su libro *El monismo estético* (1918). En este ensayo se elabora una teoría de los géneros en función de dos ejes 1) la estilística y 2) la dialéctica. El estilo, se usa para justificar una definición de la literatura basada en su “función estética” (16), a partir de la cual se hace un catálogo de géneros discursivo y de géneros literarios. De acuerdo con Vasconcelos, la distinción genérica en la literatura proviene de las modalidades del discurso que son la estética – creadora y la dialéctica – demostrativa, correspondiendo además a las “dos naturalezas humanas” (21): monista (racionalista y unificador) y pluralista (conmovido por los objetos particulares y cercano al poeta y al músico). En consecuencia, Vasconcelos entendió el surgimiento de los géneros literarios en función de una necesidad histórica, por ejemplo, el tratado en la Grecia clásica como género de “objetividad” (demostrativo) y el ensayo en el Renacimiento (inclinado a la demostración, pero subjetivo).

A partir sus observaciones históricas Vasconcelos concluyó que el ensayo ya no era un género apropiado para el siglo XX, “el ensayo no es otra cosa que un género transitorio, del que va siendo necesario liberarnos” (21). Esto se debe a que, si bien el ensayo poseía la belleza y “vitalidad” de la lírica, carecía de la pretensión universalista de su predecesor, el tratado. Ante esta situación especula el surgimiento de un nuevo género literario: la “sinfonía”. Este género se propuso como conciliador de las modalidades del discurso y las naturalezas humanas, es decir la vitalidad de la lírica con la universalidad racional del tratado³¹. El procedimiento creativo de la

³¹ En su mayor grado de simplificación Vasconcelos emplea la oposición “sentimiento – razón” (*La sinfonía como forma literaria*, 53).

sinfonía literaria es descrito como dialectico, en el sentido idealista alemán (esto es evidente, por el uso del concepto “espíritu”), ya que se trata de una labor comunitaria:

La variedad innumerable del ensayo es como tesoro de melodías dispersas... Y así como no bastaron a la expresión musical el canto llano y las sencillas composiciones melódicas de la antigua escuela, no bastan hoy a la majestad y a la ambición del pensamiento contemporáneo... Es hora de desarrollar, en la expresión literaria, la armonía, la representación simultánea y concorde de todas las coexistencias. Demos al pensamiento poder sintético (*La sinfonía como forma literaria*, 47).

Como se puede notar el género de la sinfonía es análogo en el plano de la literatura al “mestizaje” en el de la cultura. La sinfonía es una especie de género mestizo (no en su temática, pero sí en su forma y en su estilo). Ambas propuestas conllevan la intención de una síntesis bajo el supuesto de la existencia de un universal, pero advierten la importancia de preservar la multiplicidad de las identidades que la conforman (la representación simultánea). Hasta cierto punto el lector contemporáneo puede advertir en estos una lógica semejante a los sistemas y campos de la sociología literaria (excluyendo la metafísica idealista de Vasconcelos): polisistemas (en Even-Zohar) o campos intertextuales en Ďurišin).

Al mismo tiempo, el “poder sintético” del género sinfónico y del mestizaje corresponde al “monismo estético” de su obra filosófica. Como se comentaba más arriba, Vasconcelos estaba particularmente interesado en trasgredir las distancias de lo universal y lo particular. No obstante, esta pretensión, se veía desafiada por el antagonismo de sus dos polos. Por una parte, advirtió el peligro de un universalismo homogeneizado (nacionalismo disfrazado) y por otra parte, notó el riesgo del “pluralismo” (“dogmático” y no objetivo) (21). La manera en la que procuró soslayar esta contradicción fue mediante la metafísica, ubicando la síntesis en el monismo y su materialización en el futuro. El monismo para Vasconcelos era estrictamente dialéctico, por lo que, como los idealistas alemanes, ubicó su cumplimiento en la teleología. De acuerdo con Sánchez Prado, la conciencia del contexto histórico (con las desigualdades persistentes del imperialismo) hicieron consciente a Vasconcelos sobre la necesidad del repliegue y la postergación de la síntesis: “para Vasconcelos, miembro de una generación intelectual que reflexionó constantemente sobre el papel de la crítica en la vida pública, la escritura de una utopía apela a la conciencia de un lector inscrito en un contexto político preciso” (*El mestizaje en el corazón de la utopía: La raza cósmica entre Aztlán y América Latina*, 389).

El proyecto sintético de la obra conjunta del “maestro de américa” devela una conciencia de un campo cultural mundial (el término que emplea es “cultura de la humanidad”), dentro del cual se encuentra la literatura. A partir de esta conciencia, se puede formular una concepción implícita de *Weltliteratur* (más utópica que patente), que en Vasconcelos se justificaría por la dialéctica de valores estéticos universales, pero que en la práctica (en la labor editorial, divulgativa y teórica) demuestran una ideología más bien nacionalista y regional. Ideología, que, a pesar de todo, era anticolonialista y reconfiguradora de las relaciones de capital simbólico de principios del siglo XX.

3.3 La Polémica nacionalista y la crítica de Jorge Cuesta

“La Polémica nacionalista” es el título que Guillermo Sheridan acuñó para explicar una serie de acontecimientos en torno a la identidad cultural que tomaron lugar en la década de 1930 y que involucraron a varios de los intelectuales más prominentes de la época, pero principalmente al grupo de los *Contemporáneos*. Sheridan explica que a principios de la década la influencia de Vasconcelos en el campo intelectual mexicano y las políticas gubernamentales populistas y paternalistas provocaron una exacerbación de los temas locales.

En este contexto vale la pena mencionar dos momentos clave que dieron comienzo a la polémica nacional, ambos de 1932 1) El reclamo que en correspondencia le hace Héctor Pérez Martínez a Alfonso Reyes por su “evidente desvinculación de México” (en Díaz Arciniega, 393) y 2) La cancelación de la revista *Examen* (1932) por parte del Ministerio Público, que justificó la acción por “faltas a la moral” en la revista.

Ante la cancelación de la principal revista del grupo, Jorge Cuesta, “la conciencia crítica” de los Contemporáneos, llevó a cabo una reflexión del nacionalismo en varios artículos escritos para la prensa mexicana. El mismo año de la cancelación (1932) escribió “¿Existe una crisis en nuestra literatura de vanguardia?”, “La literatura y el nacionalismo”, “La política de la moral”, “La política de altura”. En los años posteriores, aunque con menor ímpetu continuó publicando artículos relacionados con la identidad mexicana: “La cultura francesa en México” (1934), “La

nacionalidad mexicana” (1935), “Ulises Criollo de José Vasconcelos” (1936) y “La enseñanza de Ulises” (1937).

A diferencia de Vasconcelos y de Reyes, el pensamiento de Jorge Cuesta no está plasmado de manera sistemática, ya que nunca se interesó por escribir una teoría literaria. Esto provoca que en ocasiones haya mantenido posturas muy dispares, por ejemplo, respecto a la crítica, que describe en *La crítica desnuda* (1935), como una tarea “sabia” y “estricta”, pero también, con cierto irracionalismo, “gozosa” y “ferviente” (224). No obstante, el pensamiento de Cuesta mantiene una cohesión interna por su confesado clasicismo.

Dentro de su clasicismo, Cuesta piensa más en la universalidad de la literatura que en la *Weltliteratur*. Si bien la universalidad no le prohibió notar la existencia de las identidades nacionales en relación con la lengua y el territorio, Cuesta no pensaba en la cultura (*Kultur*) en el sentido alemán idealista y esencialista, sino que prefirió el concepto de “tradición” para designar las prácticas y usos de la literatura dentro de un territorio definido, como bien ejemplifica al comienzo de “El clasicismo mexicano” (1934): La historia de la poesía mexicana es una historia universal de la poesía; pudo haber sucedido en cualquier otro país (195).

Por otra parte, en *La literatura y el nacionalismo* (1932) acepta que su universalismo es de una tradición europea (en realidad del neoclasicismo francés) y juzga a los nacionalismos (emplea el término “romanticismos”) como una ruptura y “formas del resentimiento”:

“La vuelta a lo mexicano” no ha dejado de ser un viaje de ida, una protesta contra la tradición; no ha dejado de ser una idea de Europa contra Europa, un sentimiento antipatriótico... Su sentir íntimo puede expresarse así: lo poseído vale porque se posee, no porque vale fuera de su posesión; de tal modo que una miseria mexicana no es menos estimable que cualquier riqueza extranjera; su valor consiste en que es nuestro (115).

Para el lector del siglo XXI estas líneas delatan fácilmente el eurocentrismo de Cuesta y una ignorancia de las desigualdades en los procesos de legitimación de la cultura. Lejos del anticolonialismo de Vasconcelos, Cuesta reafirma las relaciones de subordinación existentes entre los campos literarios de los países imperialistas y de los países colonizados, sin prever que pensar desde la “tradición occidental” da una “ventaja insuperable” a aquellos que “llegaron primero” (en términos de Casanova). No obstante, cabe señalar que la crítica de Cuesta en contra de las políticas

de censura gubernamentales, todavía son muy legítimas, ya que tácitamente advierten la formación e instrumentalización de la identidad nacional.

3.4 Alfonso Reyes y la ciudadanía mundial

Una de las características más específicas de los miembros del Ateneo de la juventud fue la condición (forzada o voluntaria) del desplazamiento. Como bien ha notado José María Espinasa en su *Historia Mínima de la literatura mexicana del siglo XX*, varios de los pensadores de este grupo intelectual pasaron largos periodos de su vida en el extranjero (176): Alfonso Reyes en España de 1914 a 1920 (aunque también en misiones diplomáticas desde 1924) y Martín Luis Guzmán entre Estados Unidos y España desde 1915 (ambos refugiados a causa de la Revolución), José Vasconcelos y Efrén Rebolledo en misiones diplomáticas, y Diego Rivera desde 1909 entre Francia y España por motivos de formación artística. En el caso de Reyes, esta condición vivencial ha sido enfatizada en las lecturas de su ensayo “Notas sobre la inteligencia americana”³² y su aclamada proclamación de la “ciudadanía universal” de los hispanoamericanos:

Hace tiempo que entre España y nosotros existe un sentimiento de nivelación y de igualdad. Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocemos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros (5)

La proclamación de Reyes, en el tono aún regionalista de Vasconcelos³³, junto con su interés por las culturas clásicas le hicieron ganar el apodo de “Regiomontano universal”. Una revisión de las obras publicadas durante su exilio en España en 1910 demuestra la búsqueda de la universalidad

³² Véase “Alfonso Reyes y las “Notas sobre la inteligencia americana”: Una lectura en red” de Beatriz Colombi. Originalmente se trató de una ponencia para la reunión del PEN Club en Buenos Aires, en 1936 (109).

³³ Cabe mencionar que las reflexiones sobre la identidad nacional que emprende Reyes en este ensayo son muy cercanas a las de Vasconcelos, pero con la preferencia del concepto de “inteligencia” en lugar de “raza”, para acentuar la prevalencia de la tradición intelectual (histórica) sobre los esencialismos étnicos:

Hablar de civilización americana sería, en el caso, inoportuno; ello nos conduciría hacia las regiones arqueológicas que caen fuera de nuestro asunto. Hablar de cultura americana sería algo equívoco; ello nos haría pensar solamente en una rama del árbol de Europa trasplantada al suelo americano. En cambio, podemos hablar de la inteligencia americana, su visión de la vida y su acción en la vida. Esto nos permitirá definir, aunque sea provisionalmente, el matiz de América (Notas sobre la inteligencia americana (1).

temática (aunque hoy en día resulte evidente que se trata de una universalidad del campo intelectual hispano – americano y europeo): *Poetas nuevos de México* (1916), *Visión de Anáhuac* (1917), *Cartones de Madrid* (1917) y *Retratos reales e imaginarios* (1920).

Por otro lado, el periodo de 1920 a 1940 se caracterizó por una casi exclusiva dedicación a la escritura creativa, con las excepciones de la edición de antologías y algunos libros y recopilaciones de ensayos. Si bien durante estos años México seguía siendo representado en su obra, el interés de Alfonso Reyes por lo “universal” lo llevó (como se comentaba más arriba) a ser parte de la Polémica nacionalista de 1932.

No obstante, pese a la prevalencia de la creación literaria en este periodo, en 1940 aparece el tratado de teoría literaria “Apolo o De la literatura”. Su publicación marca el inicio de un provechoso ciclo de obras dedicadas a esta disciplina: *Deslinde. Prolegómenos a la Teoría Literaria* (1944), *Tres puntos de exegética literaria* (1945) y *La experiencia literaria* (1952). Además, es también el primer texto de Reyes que usa explícitamente los conceptos de literatura mundial y literatura universal.

La teoría de Reyes, como la de Vasconcelos, está inclinada al problema de los géneros literarios, pero es resuelta mediante la pragmática³⁴ y no mediante la dialéctica o la metafísica. De acuerdo con Carrillo el escritor regiomontano pretendía elaborar una “ciencia de la literatura”, por lo que su metodología tenía que alejarse del prescriptivismo de la metafísica. Por el contrario, propuso una metodología comparatista con el fin de lograr un mayor grado de objetividad: “la ciencia de la literatura es resultado de la acumulación de obras y críticas en el curso del tiempo, que facilita generalizaciones y enseñanzas” (Reyes en Carrillo, 132).

En cuanto a la *Weltliteratur*, es necesario notar que las reflexiones de Reyes no giran en tanto en torno a su definición (porque utiliza la noción clásica de Goethe), como a su utilidad para la historia de la literatura. Sin embargo, en la aclaración de su terminología, propone una distinción entre la *Weltliteratur* (literatura mundial) y la literatura universal. Esta última es descrita en el plano cuantitativo como un “catálogo teórico de todos los casos literarios existente”, la literatura

³⁴ Reyes dividía los géneros literarios en función de su finalidad y, en menor grado su estilo. Para Reyes la lírica era el ejemplo de un género con “intenciones estéticas” y “estilo literario”. Por el contrario, acuñó el término “literatura” para describir a los textos que usaban el “estilo literario” con intenciones no estéticas: cualquier experiencia espiritual, filosófica, histórica o científica, puede expresarse en lenguaje de valor estético, pero esto no es literatura, sino literatura aplicada (83).

mundial, por el contrario, depende del plano cualitativo pues está conformada por “las obras y hechos que afectan a nuestra civilización” (Reyes, 92). Si bien en “Apolo o De la literatura” no queda del todo clara la identidad de esta “civilización”, una revisión de su obra posterior, indica que se refiere principalmente a “Occidente” (Pineda, 127); o en su ampliación, la cultura que ha sido legitimada e integrada por “Occidente” al plano mundial.

A pesar de la pretensión científica del tratado “Apolo o De la literatura”, es importante mencionar que en la anterior distinción entre literatura mundial y literatura universal prevalece la idea de valores literarios universales³⁵ que son utilizados como criterio de elección para la consagración literaria y el estatuto de clásico. Esta persistencia, no es inocente, porque en un primer momento Reyes enfatiza el aspecto “antológico y sociológico” de la literatura e incluso describe la importancia de identificar los “hábitos” y los “gustos dominantes” que materializan (en la rama editorial, por ejemplo) la idea de literatura mundial. No obstante, mantiene una relación conflictiva con las metodologías materialistas y sociológicas, concluyendo al mismo tiempo la necesidad de emplearlas³⁶ y su ineficacia “Los catedráticos norteamericanos pierden el tiempo en levantar estadísticas de las opiniones de los muchachos, juego de sociedad que a nada conduce” (Reyes, 92).

Por el contrario, en el ámbito de la circulación de las ideas, Reyes prefirió considerar que los valores estéticos universales explicaban la historia de la literatura como necesariamente internacional y con un alto grado de autonomía ante las condiciones materiales y políticas, prefiriendo el uso de conceptos como “influencias”, “afinidades”, “oposiciones” y “reacciones”.

Varios de los estudiosos de la obra de Reyes han notado que el empleo de la *Weltliteratur* como instrumento de la historia literaria, corresponde con una cuestión metodológica de la historiografía: la sustitución del “espacio geográfico” de las historias nacionales clásicas por el “histórico o temporal de la periodización” (Pineda, 126 - 128). Vista desde el presente, la centralidad del eje temporal en la literatura comparada es indudable con teóricos como Moretti y Casanova poniendo en el núcleo de su obra la temporalidad compartida (aunque no sin controversias), pero en el campo literario de México de la década de los treinta las historias

³⁵ Reyes explora la universalidad de los valores literarios a cabalidad en su ensayo “La axiología estética”.

³⁶ “Todo estudio de las literaturas presupone un índice de obras y nombres significativos” (Reyes 93).

nacionales eran hegemónicas. Esto en parte por la tendencia nacionalista que suscitó la reflexión identitaria de Vasconcelos y de la filosofía de lo mexicano.

Finalmente, la teoría literaria de Reyes y su concepto de literatura mundial basado en valores universales son notables en la cada vez mayor atención que prestó a la Grecia Clásica y a su literatura a partir de los años cuarenta con publicaciones como *La Crítica en la edad ateniense* (1941), *La filosofía helenística* (1959), y *Religión griega* (1963). En la Grecia clásica Reyes encontró el parangón y la confirmación de la existencia de valores universales, que lo llevaron a un posicionamiento similar al clasicismo de Cuesta, pero con mayores consideraciones a las particularidades identitarias: empleando los valores universales no como la homogeneización de las singularidades, sino en función de su potencial comunicabilidad de criterios estéticos compartidos.

3.5 Balance de los primeros años del México Posrevolucionario

las condiciones históricas del México posrevolucionario y sus consecuentes diálogos en la formación de la identidad nacional dieron como resultado obras que sin lugar a duda eran conscientes de la circulación de la literatura en diferentes escalas. En sus obras pensaron desde una lógica regional latinoamericana o transatlántica hispano - americana – europea, lo que incitó, tarde o temprano, la necesidad de reflexionar qué lugar ocupaban estas regiones en el plano mundial.

En un examen contemporáneo de la teoría y la crítica literaria de Vasconcelos, Cuesta y Reyes se pueden notar lugares comunes de la literatura comparada de la época, como lo son los esencialismos geográficos y étnicos, el eurocentrismo, y el exotismo. No obstante, es necesario notar también la existencia de aportes metodológicos que no han sido suficientemente representados fuera del campo intelectual nacional y que merecen revisitarse a la luz de la sociología literaria, en especial aquellos aportes que prefiguran una crítica anticolonial.

Aunque claramente distanciados en sus concepciones de la cultura mundial o universal (en parte por una cuestión generacional) Vasconcelos, Cuesta y Reyes proponen una práctica de la literatura, en la que América latina no sea periférica. De este ímpetu de participación regional y

mundial se intuye una *Weltliteratur* más amplia para su tiempo; o al menos, no excesivamente europea.

Además, es fundamental continuar la labor historiográfica en torno al papel de la teoría y la crítica literaria en la configuración de los campos intelectuales. Repensar la teoría y la historia de la teoría con la mirada contemporánea, permite no solo subsanar errores formados por prejuicios de genealogía o influencia, sino que también permite pensar la teoría literaria desde varios campos de creación y no solo desde sus centros hegemónicos. Más allá de París y de Madrid, y de la turbulenta relación con Estados Unidos, la Ciudad de México gestó su propio meridiano con sus propias instituciones legitimadoras (sin ignorar, con Vasconcelos, las desigualdades materiales y de capital cultural a escala mundial. Varias de estas instituciones (las universidades públicas, las editoriales y las revistas) materializaron el pensamiento de Vasconcelos, Cuesta y Reyes y formaron un hábito o una prescriptiva de la crítica y la teoría en el México del siglo XX.

4. La circulación del estructuralismo y el posestructuralismo en México

4.1 Antecedentes y narrativas de la circulación del Estructuralismo y el Posestructuralismo

La historia de la circulación del estructuralismo y el posestructuralismo en México ha sido precaria en el propio país, puesto que, hasta el momento, no existen obras que se dediquen exclusivamente al tema. Por el contrario, son más frecuentes los libros y los artículos que exploran la circulación de la teoría francesa en una lógica regional (latinoamericana) y, en menor medida, los estudios sobre la recepción de autores individuales. Lo mismo se puede decir de la teoría literaria, que históricamente es una de las disciplinas en las que se prestó mayor atención a las corrientes francesas.

Es interesante notar que las historias intelectuales dedicadas a Latinoamérica, escritas o editadas en México en los años recientes muestran un mayor interés por el siglo XIX y los comienzos del siglo XX, sin prestar mucha atención o ninguna al estructuralismo y al posestructuralismo³⁷. Las historias literarias de la región latinoamericana gestadas en México tampoco manifiestan interés por el tema.

En contraste con las historias intelectuales, la historia de la teoría literaria ha sido más fructífera al tratar la circulación de la nueva teoría francesa en la región. Cabe mencionar el trabajo realizado por Nora Catelli y Max Hidalgo Nácher en la caracterización de las condiciones comunes de la producción y circulación de la teoría a en los países posicionados periféricamente y, en específico, las de los países iberoamericanos. En el mismo marco, pero con mayor cercanía al tema de este ensayo, el artículo titulado “Travesías hispanas de Barthes” (2023) de Esther Pino aborda la recepción del pensador francés en México, Argentina y España. La importancia de este ensayo radica en la descripción rigurosa del papel que las metodologías estilísticas nacionalistas jugaron en el rechazo del estructuralismo y el posestructuralismo en dos críticos centrales en las instituciones culturales mexicanas de la segunda mitad del siglo XX: Ramón Lida (fundador del

³⁷ Por ejemplo, las obras publicadas a partir del siglo XXI: *La historia de los intelectuales en América Latina I y II* (2008) e *Historia mínima de la literatura mexicana del siglo XX* (2015) no contienen capítulos específicos para el estructuralismo o el posestructuralismo. De hecho, apenas y son mencionados en ambas obras.

CELL en el Colegio de México) y su discípulo Antonio Alatorre (director del CELL de 1953 a 1972).

Por otro lado, es necesario recuperar las aportaciones de pensadores mexicanos provenientes de áreas afines a la literatura o al estudio de la lengua como las del crítico mexicano Domínguez Michael sobre el estado del campo literario mexicano en el periodo de 1960 a 1990 y las del semiólogo Adrián Sergio Gimete-Welsh. Aunque ambos intelectuales piensan el estructuralismo y el posestructuralismo en función de sus respectivas disciplinas, proponen argumentos pertinentes para entender la apatía mexicana generalizada. Domínguez Michael (en su serie de ponencias “La Crítica Literaria en México”), pone de manifiesto la importancia de pensar una reticencia proveniente de la desconfianza intelectual ante la lectura estadounidense de la nueva teoría francesa (la *french theory*), mientras que Gimete-Welsh (en *Los estudios semióticos en México* 1998) reclama, merecidamente, la representación de los aportes semióticos de las instituciones no capitalinas en la historia intelectual mexicana.

Finalmente, Meyer-Minnemann y Niemeyer en Alemania (Sobre la recepción del estructuralismo en México 1996) y François Cusset (en el capítulo *La theorie – monde un heritage planétaire* de su obra *French theory* (2003)) en Francia (con mayor discreción) comentaron en su tiempo la llegada de las teorías francesas a México y exploraron las narrativas de su escasa recepción (en el siguiente apartado se citarán sus aportes). A pesar de que ambos escritos fueron realizados hace más de veinte años, junto con el de Gimete-Welsh, su vigencia está justificada por la falta de trabajos que retomen sus posturas.

4.2 Las instituciones del campo literario mexicano durante la mitad del siglo XX

Sobre las instituciones académicas dedicadas a la literatura en la segunda mitad del siglo XX, Meyer-Minnemann y Niemeyer han señalado la productividad y la preminencia del Colegio de México, que a partir de la fundación del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios (CELL) por parte del argentino Raimundo Lida en 1947 y la creación de la Nueva Revista de Filología Hispánica (NRFH), se había asegurado una posición central en la producción crítica y teórica en los países hispanoparlantes. De acuerdo con los académicos alemanes, los miembros del CELL

tenían mayor “capital cultural” y “mayor reconocimiento social” (16) que sus contrapares de otras instituciones.

En el CELL, la dirección de Antonio Alatorre de 1953 a 1972 favoreció la pervivencia de una práctica crítica que Pino y otros autores han calificado como “estilística tradicional” (265). A pesar de no poseer una poética o una metodología concreta, la crítica de Antonio Alatorre³⁸ era deudora de la influencia de Raimundo Lida y su maestro Amado Alonso, quien a su vez colaboró con el Colegio de México fundando y dirigiendo la NRFH desde Estados Unidos.

Aun cuando la tradición estilística de Alatorre predominaba en la producción académica del Colegio de México, esta estaba lejos de ser una institución monolítica. Las respuestas ante las teorías francesas fueron más ambivalentes: los estudios de lingüística estructuralista fueron bien recibidos y a partir de 1973, un grupo de investigadores encabezados por Margarit Frenk estudió el “estructuralismo literario” (Meyer-Minnemann y Niemeyer, 16).

Por su parte, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), que en los años de la mundialización de la teoría francesa (1970 a 1980 de acuerdo con François Cusset) aún no tenía la misma relevancia internacional que el CELL del Colegio de México, mantuvo una postura más interesada en el estructuralismo y el posestructuralismo, aunque hasta 1970 había una predilección por los estudios hispánicos y los métodos de las filologías nacionales (Meyer-Minnemann y Niemeyer). En los primeros años de la década de los setenta aparecieron en el Anuario de letras y en la Revista de la Universidad de la UNAM trabajos interesados en el estructuralismo lingüístico y traducciones del grupo *Tel Quel* (Meyer-Minnemann y Niemeyer, 11).

No obstante, el punto de mayor productividad e interés en el estudio del estructuralismo en el país fue 1978, cuando en la UNAM se fundó el Seminario de Poética en el Instituto de Investigaciones Filológicas (IIFL). El Seminario de Poética, mayormente interesado en la crítica y en la semiótica, contó con figuras prominentes del campo intelectual mexicano, entre los cuales cabe destacar a su fundador y coordinador José Pascual Buxó.

³⁸ “Esta tradición, que a su vez entroncaba con la estilística lingüística de Charles Bally y la escuela idealista-histórica de Karl Vossler y Leo Spitzer, tuvo sus representantes más destacados en el español Amado Alonso y su discípulo más íntimo, el argentino Raimundo Lida, y ya era internacionalmente reconocida cuando éste llegó a México” (Meyer-Minnemann y Niemeyer, 9)

En el mismo año de la fundación del Seminario de Poética, Buxó publicó sus obras *Introducción a la poética de Roman Jakobson* en la IIFL y *Aspectos de Poesía Estructural* coeditada por la UNAM y la Universidad Autónoma de Nuevo León. Por su parte, en los últimos años de la década de los setenta y principios de los ochenta otros investigadores pertenecientes al seminario también publicaron obras a partir del formalismo, estructuralismo y la semiótica: *La estructura del relato y conceptos de actante y función* (1978) de Luisa Puig, *La lengua poética según Jan Murakovsky* (1979), de Luis Sendoya, *Análisis estructural del relato literario: teoría y práctica* (1982) y *Diccionario de Retórica y Poética* (1985) ambos de Helena Beristain.

Fuera de la capital en algunas universidades públicas estatales el estructuralismo y la semiótica tuvieron una gran aceptación a finales de los años setenta y comienzos de los ochenta. Se ha escrito poco al respecto, pero debe insistirse en la labor de la Universidad Veracruzana y la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. La primera, contaba con una facultad de Filosofía y Letras joven, fundada en 1955 y con Buxó como miembro. En 1978, bajo la dirección del filósofo boliviano Renato Prada Oropeza, académicos pertenecientes al Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarios (IIL-L) inauguraron el Seminario de Semiótica junto con la revista *Semiosis*.

Por su parte, en la facultad de Filosofía y letras de la Benemerita Universidad Autónoma de Puebla se abrió, (también en 1978) bajo la dirección de Adrián Gimete-Welsh y el argentino Raúl Dorra el *Centro de Ciencias del Lenguaje*³⁹, con especial atención a la semiótica en el plano lingüístico y a la crítica de Barthes en el plano literario (Gimete-Welsh, 5). De acuerdo con el propio Gimete – Welsh en su artículo Los estudios semióticos en México (1998), el Centro de Ciencias del Lenguaje poseyó dos principales medios de publicación, la colección Signo y sociedad (1980) y la revista Morphé (1986).

4.3 El campo editorial: traducción y publicación

³⁹ Gimete-Welsh hace énfasis en la internacionalización del centro: “Se integran en el centro por períodos de duración diversos semiotistas como Enrique Ballón, Walter Mignolo, Per Aage Brandt, Eric Landowski, Renato Prada y José Pascual Buxó” (5). Sobre los colaboradores de la revista Morphé nombra a “A. J. Greimas, Mario Valdés, Noé Jitrik, Wlad Godzich, Wladimir Kryszinski, François Rastier, Hermann Parret, Michel Balat, Adrián Gimete-Welsh, Raúl Dorra, Renato Prada” (5).

Además de las instituciones académicas, la circulación y la discusión del estructuralismo y posestructuralismo en el campo intelectual mexicano de los años sesenta, setenta y ochenta es impensable sin una labor editorial paralela. De acuerdo con Bourdieu, el mundo editorial forma parte de los procesos de selección y demarcación de los campos nacionales, por lo que reconstruir su actividad ayuda a evidenciar los cambios entre las operaciones de lectura y categorías perceptivas de una obra en su campo de producción y las que se le dan en el campo de acogida (4 - 5). La lectura a la que se invita al público del campo nacional se hace patente en el proceso de selección, traducción y categorización de las obras (Bourdieu, 3).

En el contexto de los procesos de selección, las instituciones académicas suelen identificarse como los principales centros de producción (y por consecuencia de circulación) teórica y no es difícil observar su agencia en el campo editorial, ya sea gracias a los medios de publicación propios o al criterio que ejercen en el campo cultural. No obstante, lejos de ser una relación unidireccional, la publicación en medios no universitarios jugó un rol importante en el desarrollo de la teoría y la crítica de la segunda mitad del siglo XX. Por ejemplo, la proyección internacional del campo cultural francés de los años sesenta que desembocó en la *french theory* estadounidense fue una empresa llevada a cabo en las editoriales (especialmente *Seuil*) y en revistas⁴⁰ como *Tel Quel* (1960), *Communications* (1961), *Langages* (1966) y *Change* (1968). En contraposición, la filología francesa, nacionalista y de metodologías comparatistas decimonónicas, que aún era hegemónica en las cátedras francesas de los años sesenta y principios de los setenta, no logró la misma continuidad fuera de su campo nacional.

Los procesos de selección y demarcación de los textos estructuralistas y posestructuralistas en las publicaciones no académicas mexicanas también condicionaron la práctica teórica de la academia (aunque en una proporción menor que en Francia). Las instituciones que más se involucraron en la circulación y discusión teórica en los años setenta y ochenta fueron la editorial Fondo de Cultura, el editorial siglo XXI y en menor medida las revistas *Plural* y *Nexos*.

⁴⁰ Sobre la segunda mitad de siglo francés Dosse comenta “Una de las características de este periodo, síntoma de una efervescencia intelectual excepcional, es la vitalidad de las revistas, su número creciente y su influencia en aumento. Son el lugar de la sociabilidad privilegiada y el marco excepcional para hacer valer la fuerza del paradigma estructuralista. La evitación de las instituciones tradicionales pasa por estas agrupaciones interdisciplinarias que permiten las revistas, lugares de confluencia e intercambio, rompeolas a partir de los cuales la influencia progresa por círculos concéntricos” (309).

El Fondo de Cultura Económica, que desde su fundación en 1934 por Daniel Cosío Villegas se había establecido como la institución encargada de proveer libros a los estudiantes universitarios (mediante el financiamiento gubernamental), tomaba un cambio de dirección en la década de los sesenta. Después de más de quince años de dirección, el argentino Arnaldo Orfila Reynal se vio obligado a dejar su cargo en 1965⁴¹. Este fue un hecho fundamental que impulsó a Orfila a fundar su propia editorial, Siglo XXI.

La dirección de Orfila en el FCE había sido relacionada en la década de los 60 con “una orientación cultural y política incómodas para el régimen.” (Díaz Arciniega, 156 - 157). En cambio, el FCE de finales de los sesenta y la década de los setenta, bajo la dirección de Salvador Azuela, estaba marcado por cierta “apatía” política generalizada (Díaz Arciniega, 158). Esta era producto de una falta de incorporación de parte del sector más comprometido de la intelectualidad mexicana (Díaz Arciniega, 158), que continuó además por la corta duración de las direcciones que siguieron a Azuela: Antonio Carrillo Flores (1970 - 1972), Francisco Javier Alejo (1972 - 1974), Guillermo Ramírez Hernández (1974 - 1976) y José Luis Martínez Rodríguez (1977 - 1982).

Al revisar el catálogo histórico del FCE, se puede constatar que en los últimos años de los sesenta y en la década de los setenta había una predilección por las filologías nacionales, la estilística, las historias de la literatura y algunos libros de literatura comparada. Por ejemplo, en la colección Lengua y estudios literarios, abundaron las traducciones y publicaciones que privilegiaban estas metodologías: *Estudios sobre Rubén Darío* (1968) compilado por Ernesto Mejía Sánchez, *Orígenes de las lenguas neolatinas: introducción a la filología Romance* (1973) de Carlo Tagliavini, *Del mito a la novela: la saga de Hadingus* (1973) de Goerges Dumézil, *Escritores norteamericanos y británicos* (1974) de Drewey Wayne Gunn, , *La poesía de Xavier Villaurutia* (1976) de Eugene L. Moretta y *Goethe en el mundo hispano* (1977) de Uso Rusker.

⁴¹ Sobre los motivos que impulsaron a la dirección del Fondo de Cultura económica al remplazo de Orfila Reynal, véase el capítulo “Ajuste de Horizontes” en *Historia de una casa* (1997) de Díaz Arciniega. De acuerdo con Díaz Arciniega, el discurso oficial apunta a la nacionalidad del editor y la preferencia por un director mexicano. No obstante, Nova Ramírez comenta el desencuentro que ocurrió entre el FCE y el presidente Díaz Ordaz por la redición de el libro *Los hijos de Sánchez* en 1964 “El desenlace del conflicto ocurrió cuando Díaz Ordaz intervino: ¡directamente la dirección de la casa editorial manipulando un procedimiento administrativo para obtener la “renuncia” del editor, a quien Díaz Ordaz consideraba impresentable por su doble condición de extranjero y subversivo” (58).

No obstante, en los mismos años, la editorial FCE publicó algunas obras de la nueva teoría francesa o inspiradas por ella, principalmente de corte formalista y estructuralista: *Mitologías I* (1968) y *Mitologías II* (1972) de Lévi-Strauss⁴², *Las grandes corrientes de la lingüística* (1971) de Maurice Leroy, *Ensayos de poética* (1973) de Roman Jakobson, *Lévi-Strauss: el estructuralismo y la teoría sociológica* (1979) de C.R. Badcock. Por otra parte, *Historia de la locura en la época clásica I y II* (1967) publicada en la colección Breviarios fue la única obra de un pensador posestructuralista en la década de los setenta impresa por el FCE.

En 1980 y los años siguientes el FCE empezó a publicar con mayor frecuencia libros relacionados al estructuralismo y al posestructuralismo. Algunos ejemplos son: *Lenguaje e ideología* (1980) de Olivier Reboul, *El estructuralismo, el pensamiento salvaje y la muerte: hacia una teoría antropológica del conocimiento* (1982) de Héctor Vázquez, *La figuración del sentido* (1984) de José Pascual Buxó, *La moderna crítica literaria francesa: de Proust a Valéry y al estructuralismo* (1984) compilado por John K. Simon, *Poética y Profética* (1985) de Tomás Segovia, *La otra Francia* (1986) de Jorge Aguilar Mora⁴³, *Barthes* (1987) de Jonathan Culler y *Michelet* (1988) de Roland Barthes.

Al mismo tiempo, el FCE tradujo y publicó obras del campo intelectual francés que reaccionaron a o criticaron a las nuevas teorías francesas en los años de su circulación mundial: *Crítica de la decisión* (1976) de Lucien Stez, *La literatura y sus tecnocracias* (1983) Georges Mounin. *Los modernos* (1984) de Jean-Paul Aron y *De Praga a París: crítica del pensamiento estructuralista y post-estructuralista* (1989) de José Guilherme Merquior.

Por otro lado, la editorial Siglo XXI, que Orfila fundó en México después de su destitución como director del FCE, tenía una vocación claramente subversiva⁴⁴. Al contrario de lo que sucedía

⁴² En 1967 Octavio Paz ya había publicado un libro sobre Lévi-Strauss en la editorial Joaquín Moritz: Claude Lévi-Strauss, o, El nuevo festín de Esopo.

⁴³ Jorge Aguilar Mora había sido alumno de Barthes en París y realizó su tesis doctoral, “*La divina pareja. Historia y mito en Octavio Paz*” (defendida en 1976), en el Colegio de México, a partir de la obra de Deleuze y de Barthes.

⁴⁴ Véase la entrada en la Enciclopedia de la literatura en México: “Orfila prestó un interés especial al pensamiento teórico europeo y estadounidense, la historia de las ideas en América Latina y abrió espacios para los escritores jóvenes que necesitaban promoción. Por ser partidario de los movimientos revolucionarios, promovió las visiones y versiones críticas más notorias del periodo marcado por la revolución cubana, el boom de la narrativa latinoamericana, los nuevos métodos de enseñanza comunitaria, las revisiones del marxismo” (web).

en su antigua casa editorial, a finales de los años sesenta y en la década de los setenta Orfila publicó obras clave del formalismo, estructuralismo y posestructuralismo sin importar sus implicaciones políticas. Se publicaron principalmente obras de filosofía, sociología y psicoanálisis, con una gran predilección por Foucault, Althusser y Lacan, cuyas traducciones en muchas ocasiones fueron anteriores a las del mundo anglosajón. Algunas de las obras fueron: *La revolución teórica marxistas* (1967), *Las palabras y las cosas* (1968), *Para una crítica de la práctica teórica* (1974), *Escritos volumen I y II* (1971 y 1975), *La arqueología de las cosas* (1970), *Vigilar y castigar* (1976), *Historia de la sexualidad volumen I* (1977).

En cuanto a los estudios lingüísticos y literarios, hubo un gran interés por los formalistas rusos y los estudios lingüísticos y semánticos de la segunda mitad del siglo XX en Francia con obras como: *Teoría de la literatura de los formalistas rusos* (1970) compilada por Tzvetan Todorov y *Nuevos ensayos de lingüística general* (1976) de Jakobson. La nueva teoría francesa también empezaba a figurar entre la literatura con títulos como: *Problemas del estructuralismo*⁴⁵ (1966) *Problemas de lingüística general* (1971) de Benveniste, *De la gramatología de Derrida* (1971) *La semiología* (1971) de Pierre Guiraud, *Crítica y verdad* (1971) y *El grado cero de la escritura* (1973) de Roland Barthes. Como en el FCE, la editorial Siglo XXI aumentó sus traducciones de la nueva teoría francesa en la década de los ochenta, aunque mayormente en el campo de la filosofía como lo había hecho en el pasado. No obstante, en la teoría y crítica literaria se publicaron obras de la etapa posestructuralista de Barthes como *El placer del texto* (1980) y *SZ* (1982). A estas se añaden también dos obras de Kristeva: *Historias de amor* (1987), y *Poderes de la perversión* (1988).

4.4 La teoría y la crítica literaria mexicana:

La circulación del estructuralismo en México comenzó en los años sesenta con la introducción de Octavio Paz al pensamiento de Lévi- Strauss, quien inspiró su ensayo *Los signos en rotación* (Morales, web), publicado en 1965 por la Revista Sur y posteriormente añadido a la segunda edición del Arco y la lira en 1967 (Morales, web). En 1966 dio el ciclo de conferencias “El

⁴⁵ Antología compuesta por textos de Pouillon, Barbut, Greimas Godelier, Bourdieu y Macherey.

pensamiento de Claude Lévi-Strauss” en el Colegio Nacional que resultó en la publicación de *Lévi-Strauss, o, El nuevo festín de Esopo* en 1967. No obstante, en los años siguientes la relación de Paz con la teoría estructuralista sería más provechosa para su creación literaria que para sus ensayos de poética y estética. En obras como *Marcel Duchamp o el castillo de la pureza* (1968) y *Los hijos del limo* (1974) se demuestra que la lectura del poeta mexicano era en principio decimonónica y pensaba la teoría francesa con relación al romanticismo alemán y su metafísica: como una continuación de los estudios del signo que caracterizan a la modernidad.

A Paz le obsesionaba la relación trascendental entre signo y objeto, la elongación del sentido por medio de la ironía y la prevalencia del signo, por lo que leyó en el estructuralismo una confirmación de las teorías románticas idealistas. Un ejemplo de su apropiación del estructuralismo es el siguiente pasaje de *Los hijos del limo*:

Si un poema es un sistema de equivalencias, como ha dicho Roman Jakobson —rimas y aliteraciones que son ecos, ritmos que son juegos de reflejos, identidad de las metáforas y comparaciones—, la poesía francesa se resuelve también en un sistema de sistemas de equivalencias, una analogía de analogías. A su vez, ese sistema analógico es una analogía del romanticismo original de alemanes e ingleses (91).

Al mismo tiempo Paz, como muchos otros críticos de su tiempo, sospechaba del “ahistoricismo” de las estructuras y consideraba que cualquier andamiaje teórico sería superado por el texto⁴⁶. Dicha prevalencia podría asemejarlo al posestructuralismo, sin embargo, la idea de texto de Paz es claramente ambigua, en ocasiones esencialista y en otras contingente:

“El texto es siempre el mismo —y en cada lectura es distinto. Cada lectura es una experiencia fechada que niega a la historia con el texto y que a través de esa negación se inserta de nuevo en la historia. Variación y repetición: la lectura es una interpretación, una variación del texto y en esa variación el texto se realiza, se repite —y absorbe la variación” (226)

A partir de la introducción del estructuralismo y su apropiación por parte de Octavio Paz, el campo literario mexicano, como se advertía más arriba, reaccionó de manera dispar. Antonio Alatorre,

⁴⁶ “En la ciencia buscamos las recurrencias y las semejanzas: leyes y sistemas; en la literatura, las excepciones y las sorpresas: obras únicas. Una ciencia de la literatura como la que pretenden algunos estructuralistas franceses (no ciertamente Jakobson) sería una ciencia de objetos particulares. Una no—ciencia. Un catálogo o un sistema ideal perpetuamente desmentido por la realidad de cada obra” (Paz, 226).

director del CELL hasta 1972, fue crítico con el estructuralismo, mientras que José Pascual Buxó, fundador del Seminario Poético en la UNAM recibió con ánimo los textos de Jakobson y Lévi-Strauss.

Meyer-Minnemann y Niemeyer adjudican la polémica como resultado de un cambio del paradigma metodológico, pero también como un cambio generacional⁴⁷. Alatorre, que pertenecía a la tradición filológica de Damaso Alonso y Raimundo Lida, en su conferencia ¿Qué es la crítica literaria? (1973) define esta labor como “la formulación de la experiencia del lector” (). Este ejercicio era llevado a cabo, como en la tradición hermenéutica alemana, mediante la intuición y su pertinencia era justificada por la formación del crítico (). Dicha metodología le valió, entre sus detractores, los títulos de “anecdótico”, “impresionista” y “despreciador de los elementos estructurales” (Cañal en Alatorre, E-book). Ante estos señalamientos Alatorre justificaba su rigor mediante el uso de la lingüística y el formalismo ruso, sin embargo, mantenía una distancia con los métodos estructuralistas mexicanos por considerarlos falsamente científicos (E-book).

Además de sospechar de la epistemología y la metodología del estructuralismo, Alatorre argumentaba que la llegada de las teorías francesas a México había provocado una crítica literaria “neo-académica” (E-book). Denunciaba, por ejemplo, que su uso era una “moda técnica” y en su ensayo “Lingüística y literatura” (presentado como una ponencia en 1987) hacía una comparación que parece sugerir un imperialismo académico:

“la aceptación de «modas teóricas» de este tipo, «productos de las metrópolis» tomados «como si fueran dogmas religiosos», crea en sus aceptadores una mentalidad parecida a la de los antiguos habitantes de colonias y está causando, en los ámbitos universitarios, «más mal que bien»” (E-book)

No obstante, en la nota al pie de página de su ensayo “Segundo Intermezzo” (1988) negó que la comparación proviniese desde una crítica al imperialismo académico, abogando por la capacidad de elección de los países que en ese entonces se denominaban “tercer mundo”:

⁴⁷ “En primer lugar hay que tener en cuenta que los seguidores o patrocinadores del estructuralismo eran mayormente investigadores jóvenes, mientras el representante principal de la polémica contra el nuevo concepto teórico pertenecía a la generación anterior y, más importante aún, al» establishment «científico e intelectual” (Meyer-Minnemann y Niemeyer, 16).

Pero esto no significa que *sólo* los habitantes de países del tercer mundo (como mi querido México) se embelesan con los productos de las metrópolis. No es asunto de geografía física, sino de geografía espiritual. En todas partes se cuecen habas. *Los Estados Unidos* son primer mundo, pero los académicos que allí han sucumbido al embeleso de Baudrillard (véase antes, p. 96, nota 4) exhiben esa «mentalidad de colonizados» de que hablaba Guattari (E-book).

Es interesante notar la mención a los Estados Unidos en la nota de Alatorre, ya que puede leerse bajo la historia intelectual de Cusset, quien señala una situación paradójica en la circulación de la teoría francesa, provocada por el cisma de la *french theory* (303). El campo mexicano recibió el estructuralismo antes que los Estados Unidos y sin embargo su continuación posestructuralista fue más copiosa en el segundo⁴⁸. De acuerdo con Cusset, entre 1970 y 1980, un motivo importante para pensar la escases de teoría posestructuralista en México fue la mediación de la *french theory*, ya que a partir de ella se provocaba una bifurcación en su lectura en los demás países (303 - 304)

- 1) Una a partir del francés original, llevada a cabo por generaciones mayores en edad y más alineadas a las viejas instituciones europeas y 2) Una lectura en inglés por parte de académicos jóvenes, que coincidían con la posición política del posestructuralismo literario de Paul de Man y sus discípulos en Estados Unidos⁴⁹. En el campo mexicano esto ocasionó, que en el caso de la primera la nueva teoría francesa quedara eclipsada en la estilística, la filología nacional, o la lingüística y que la segunda lectura fuera categorizada como una moda académica americana.

Desde esta distinción se puede argumentar, que incluso entre los partidarios del estructuralismo y la semiótica en la UNAM, BUAP y UV predominaba la primera lectura hasta bien entrados los años noventa. Si por ejemplo se observa la obra de Buxó en la década de los setenta y ochenta, se notará que la polémica que mantuvo con Alatorre era de una naturaleza metodológica más que ideológica, y mayormente apolítica. Buxó se interesó principalmente en aplicar la nueva teoría a obras clásicas de la literatura castellana como en sus libros: *Muerte y*

⁴⁸ De fait, le Mexique a été le pays pionnier en langue espagnole pour la diffusion du structuralisme français, longtemps avant l'Espagne, où règne alors encore Franco, et dix ans même avant les États-Unis (Cusset, 304 - 305).

⁴⁹ Cusset menciona que incluso en las izquierdas hubo un desencuentro generacional: la méfiance latino-américaine envers le textualisme américain renvoie aussi à la persistance dans certaines couches sociales, et plus particulièrement dans l'université (qui lui a longtemps servi de vivier), d'un militantisme révolutionnaire marxiste-léniniste nettement moins abstrait que l'extrémisme de papier des « radicaux » américains (Cusset, 304).

desengaño en la poesía novohispana (1975), *Ungaretti y Góngora: ensayo de literatura comparada* (1978), *César Vallejo, crítica y contracrítica* (1982), *Sor Juana Inés de la Cruz en el conocimiento de su sueño* (1984) y *La imaginación del Nuevo Mundo* (1987).

A pesar de su interés por los estudios del signo, cabe notar que su poética (poética semiológica como él la nombró), partía de una ontología trascendental y un método fenomenológico incompatible con el anti-fundamentalismo del posestructuralismo, por lo que Buxó no sobrepasó en su teoría lo que Derrida denunciaba como la metafísica de la presencia. Para Buxó, el análisis de las estructuras revelaba una materia “subyacente” (Rivera-Rodas, 28), solo accesible mediante el desprendimiento del andamiaje ideológico y la restitución de lo “prelingüístico” (Rivera-Rodas, 31). Infinitamente más cercano al estructuralismo, su poética buscaba identificar las capas de “realidades textuales” (Rivera-Rodas, 61) que para restituir el fundamento de la obra.

Finalmente, es necesario mencionar que la mayor parte del campo intelectual mexicano fue indiferente a la polémica entre Alatorre y Buxó⁵⁰. Puede pensarse que la mediación de Paz, cuyo fervor inicial por el estructuralismo y posterior olvido de este en su incorporación al conjunto de la teoría literaria moderna (decimonónica), influyó en pensar la *french theory* estadounidense y el posestructuralismo sin la novedad y potencial disruptivo que sí tuvieron en Estados Unidos y en Francia. Los autores de la nueva crítica francesa no eran desconocidos entre los teóricos y críticos de los setenta y ochenta, pero su apropiación por el campo intelectual mexicano los volvió (más que polémicos) apropiados en función de la tradición comprometida (del *engagement*) que prevalecía en la segunda mitad del siglo XX con críticos como Adolfo Castañón (Dominguez Michael).

⁵⁰ “Así pues, en el fondo la polémica sostenida por Alatorre falló: el debate teórico ya se había calmado, el estructuralismo era aceptado como base imprescindible de los estudios literarios y había sido integrado en otros planteamientos teóricos más amplios. La relación entre el CELL y el Seminario de Poética se había normalizado” (Meyer-Minnemann y Niemeyer, 13)

5. Contar los siglos: Conclusiones sobre la circulación de la teoría literaria en México y su historiografía

En este trabajo se procuró evidenciar como las condiciones específicas del campo intelectual mexicano condicionaron la recepción, apropiación y circulación de las teorías literarias, estéticas y filológicas modernas. En este trabajo se procuró demostrar que la historia de las ideas en México no debe, ni puede pensarse como una historia de recepción pasiva e ingenua, sino que tiene que ser descrita en su complejidad, como un entramado de tensiones internas, regionales y globales no presentes en otros campos intelectuales y por este mismo motivo, no homologable bajo el simple paradigma de la copia.

Los tres periodos históricos que se exploraron en el trabajo (1. El México de la segunda mitad del siglo XIX, 2. El México revolucionario y el proyecto nacionalista y 3. El medio siglo y la llegada del estructuralismo y posestructuralismo) demuestran que la circulación de los estudios literarios fue como comenta Bourdieu, una circulación sin los campos intelectuales en los cuales se concibieron (4). El campo literario de México desarrollo la teoría literaria en sus propios intereses y, aunque completamente ajena, con gran autonomía de la Francia Ilustrada y positivista de los estudios neoclásicos, de la Alemania Romántica e idealista de la filología moderna, de la España de principios de siglo y los estudios de Menéndez Pidal o de los Estados Unidos de la posguerra en la que Paul De Man consolidó la French Theory.

Si acaso se explora una relación con otros campos intelectuales, estos tendrían que ser ciertamente los de su región, es decir Latinoamérica. Esta relación se tendría que advertir como una relación concéntrica, por compartirse condiciones identitarias y geopolíticas (como el afán civilizatorio de las repúblicas independientes, la creación de nacionalismos étnicos y el recelo ante Estados Unidos) además de un claro intercambio intelectual, que hace que figuras como Andrés Bello, José Enrique Rodó y Pedro Henríquez Ureña (por nombrar a algunos) pertenezcan a la tradición intelectual de varios países. No obstante, esta relación no puede intuir una homogeneidad en los campos intelectuales latinoamericanos. No solo porque cada uno de estos estados cuenta con instituciones de legitimación particulares, sino que también porque los procesos con los cuales se formó la identidad de estos fueron cada vez más divergentes de la condición compartida de la hispanidad.

Si bien es cierto que en los primeros años de independencia de las repúblicas latinoamericanas se puede argumentar que los estudios literarios y lingüísticos modernos seguían un itinerario semejante en la región (es decir la justificación de una continuación del lenguaje español y la hispanidad como herramienta civilizatoria) con las metodologías neoclásicas y positivistas de Andrés Bello, Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, Gabino Barreda y Francisco Pimentel, lo cierto es que siempre hubo particularidades regionales. En el caso de México se debe destacar una mayor presencia de la población indígena y la tradición intelectual que se había nutrido del estudio y clasificación de las lenguas indígenas: Javier Clavijero, Alexander Von Humboldt, Orozco y Berra, Ignacio Ramírez y el propio Francisco Pimentel. Esta tradición filológica decimonónica, es esencial para la comprensión de los nacionalismos étnicos y populares del siglo XX y por consecuencia lo es también para comprender el programa ideológico implícito, que condicionó a los estudios literarios.

Por otra parte, la historia del campo intelectual mexicano del siglo XIX y XX, permite notar cuestiones usualmente ignoradas por la historiografía del Norte Global, como la participación que tuvo México en el desarrollo de los estudios literarios de otros países o la precocidad con la que circularon ciertas teorías y metodologías en su territorio. Una muestra de esto son las teorías de los géneros desarrolladas por José Vasconcelos (el género de la sinfonía) y por Alfonso Reyes (en *El deslinde* de 1944) durante los primeros años del México posrevolucionario, que no solo se adelantaron a movimientos como el indigenismo (en el caso de Vasconcelos), sino que también fueron materializados en instituciones públicas, académicas y editoriales de gran impacto internacional como la Secretaría de Educación Pública (1921) el Fondo de Cultura Económica (1934), el CELL del COLMEX (1947), la Nueva Revista de Filología Hispánica (1947) y el Centro de Estudios Literarios de la UNAM (1956).

Además de argumentar la centralidad que tuvieron las instituciones educativas en el desarrollo de los estudios literarios, el examen del campo intelectual mexicano procuró también evidenciar la participación del campo editorial en la circulación de las ideas. Como el papel fundamental que jugó en la segunda mitad del siglo XX el proyecto de edición y traducción de autores estructuralistas y posestructuralistas por parte de Arnaldo Orfila Reynal en el Fondo de Cultura Económica y en Siglo XXI editores, cuestión que permitió una gran accesibilidad de los

textos en las universidades públicas de México y una gran discusión de las nuevas teorías francesas.

Contar la historia de la teoría literaria por medio del concepto de circulación requiere de abandonar la lógica binaria, para no jerarquizar las relaciones entre campos literarios sobre el dogma del origen y su aparente razón temporal. Lejos del reduccionismo, las historias de las ideas reclaman una caracterización rigurosa de sus traslados, paseos y retornos, sin priorizar de antemano un instante específico del desplazamiento, sino que identificando (con la terminología de Paz) su rotación continua.

El estructuralismo y el posestructuralismo son ejemplos paradigmáticos de la complejidad de la circulación, teorías que se han desplazado no solo desde ejes temporales y espaciales, sino también disciplinarios: desde la lingüística de Saussure a los círculos formalistas de Rusia y de Chequia en la primera mitad del siglo veinte para pasar a la antropología de Lévi-Strauss y renovar los estudios literarios, psicoanalíticos y filosóficos en los años sesenta. Finalmente desembocando en las lecturas del continente americano en simultaneidad con la aparición del posestructuralismo en los setenta y ochenta, primero en Argentina y México y posteriormente en Estados Unidos con el congreso de Baltimore y la mediación de Paul de Man.

En esta circulación, el papel de México y los países iberoamericanos no siempre ha sido mencionado en las historias de las ideas, siendo eclipsado por el capital cultural y medios de legitimización de las instituciones académicas estadounidenses, que gestaron la *french theory*. Esta representatividad hegemónica, aunada a los dogmas de originalidad, han dejado un comparatismo espectral (Catelli); triangular en su relación noratlántica (Europa – EE. UU. - Latinoamérica) y concéntrico en su asimetría geográfica (Sur global – Iberoamérica – México – Provincia). Dicho comparatismo resulta en presupuestos sobre la historia intelectual y lleva a sorpresas cuando en un plano diacrónico las relaciones se invierten, como sucedió con Argentina y México y su temprana recepción del estructuralismo.

El análisis del campo intelectual mexicano que se pretendió en este ensayo se buscó dar cuenta de las relaciones espaciales, temporales y disciplinarias de la triangulación Europa – Latinoamérica – Estados Unidos y la concéntrica Iberoamérica - México, mediante el uso de la sociología de Bourdieu y su estudio de las instituciones como lugares en los que ocurre la circulación. Por ejemplo, explorando las condiciones de circulación de la teoría tomando en cuenta

la necesidad de autonomía política y cultural de México. El resultado fue el repaso y contraste de la teoría literaria y las narrativas que se han escrito a partir de ella, pero también un dialogo entre las fuentes de su época y las perspectivas historiográficas contemporáneas iberoamericanas.

Bibliografía:

- Alatorre, Antonio. *Ensayos sobre crítica literaria*. 2012.a ed., Colegio de México, 2012, www.jstor.org/stable/j.ctt14jxqvk.
- Altamirano, Carlos, y Jorge Myers. *Historia de los intelectuales en América Latina: Los avatares de la «ciudad letrada» en el siglo XX*. Katz Editores, 2008.
- Arnaldo Orfila Reynal - Detalle del autor - Enciclopedia de la Literatura en México - FLM. www.elem.mx/autor/datos/14918.
- Bourdieu, Pierre. «Les conditions sociales de la circulation internationale des idées». *Actes de la Recherche En Sciences Sociales*, vol. n° 145, n.o 5, diciembre de 2002, pp. 3-8. <https://doi.org/10.3917/arss.145.0003>.
- Carrillo, Francisco. «Alfonso Reyes comparatista». *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. Bordeaux, Francia.
- Casanova, Pascale. *[Fragments] La República mundial de las Letras [La République mondiale des Lettres]*, París, Seuil, 1999], trad. cast. de Jaime Zulaika, Barcelona, Anagrama, 2001.
- Casanova, Pascale. «La literatura como mundo», versión ampliada de «Literature as World, NLR, n. 31, 2005; en Sánchez Prado, Ignacio M. (ed.): *América Latina en la "literatura mundial"*, Pittsburgh U.P., 2006.
- Catálogo Histórico de FCE 1934 - 2009. Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Catálogo Histórico: Siglo XXI Editores. Siglo XXI Editores, 2014.
- Catelli, Nora. «Asymmetry». *Journal Of World Literature*, vol. 2, n.o 1, enero de 2017, pp. 11-26. <https://doi.org/10.1163/24056480-00201001>.
- Cifuentes, Bárbara. «Las lenguas amerindias y la conformación de la lengua nacional en México en el siglo XIX». *Language Problems And Language Planning*, 1994, pp. 208-22.
- Cifuentes, Bárbara, y María del Consuelo Ros. «Oficialidad y planificación del español: dos aspectos de la política del lenguaje en México durante el siglo XIX». *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 1993, pp. 135-46. revistaiztapalapa.izt.uam.mx/index.php/izt/article/view/1162.
- Closs, Marina. «Indología y Nacionalismo: Filiación e identidad nacional en el surgimiento de la filología moderna». *Avatares Filosóficos*, vol. 7, 2020, pp. 24-32.
- Colombi, Beatriz. "Alfonso Reyes y las 'Notas sobre la inteligencia americana': Una lectura en red." *Cuadernos del CILHA*, vol. 12, no. 14, 2011, pp. 109-123. Redalyc, <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=181721529006>.

- Cruz Pérez, María Mayte, y Ana Rosa Angela González Estrada. «La influencia del Positivismo en la Escuela Nacional Preparatoria». *Anuario Mexicano de Historia de la Educación*, vol. 1, 2017, pp. 89-94.
- Cuesta, Jorge. *Ensayos Críticos*. Euresis, 2018.
- Cusset, François. *French Theory*. PocheSC. Humaines y Sociales, 2005.
- Díaz Arcienega, Víctor. *Historia de la casa: Fondo de Cultura Económica, 1934-1994*. Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Díaz Arcienega, Victor. «Guillermo Sheridan, México en 1932». *Literatura Mexicana*, 1993, pp. 393-400.
- Domínguez Michael, Christopher. *La crítica literaria en México: años sesenta*. www.youtube.com/watch?v=TJrN-GkZL9Y&t=3230s. México.
- . *La crítica literaria en México: años setenta*. www.youtube.com/watch?v=Au9HWGrILyQ&t=5870s. México.
- Dosse, François. *Historia del Estructuralismo*. Akal editores, 2004.
- Đurisin, Dionýyz. «Le Comunità interletterarie: una categoria fondamentale del processi interliterario.», trad. it. de Pavol Koprda en Gnisci, Armando; Sinopoli, Franca (eds.): *Comparare i comparatismi. La comparatistica letteraria oggi in Europa e nel mondo*, Roma, Lithos, 1995.
- Ennis, Juan Antonio. «Los tiempos de la filología una historia americana». *Filología*, 2018.
- Espinasa, José María. *Historia mínima de la literatura mexicana en el siglo XX*. El Colegio de Mexico AC, 2015.
- Gadamer, Hans-George. *Truth and Method*. 2nd ed., Bloomsbury Academic, 2002.
- Galindo, Javier. «El proyecto cultural de Pedro Henríquez Ureña en México». *Fuentes Humanísticas*, 2019, pp. 27-46.
- Garza, Beatriz. «Francisco Pimentel y la Lingüística Mexicana». *Homenaje a Jorge A. Suárez: lingüística indoamericana e hispánica.*, Colegio de México, 1989, pp. 229-50.
- Gimate-Welsh, Adrián S. «Los estudios semióticos en México». *Signa Revista de la Asociación Española de Semiótica*, n.o 7, enero de 1998, pp. 65-84. www.biblioteca.org.ar/libros/155869.pdf.
- Gómez, Antonio. *Introducción, Dos escritos sobre hermenéutica*. ISTMO S.A., 2000.
- Gutiérrez, José. «La crítica literaria en la Revista Azul y la genealogía del “invernadero decadentista” en México». *Siglo Diecinueve: Literatura Hispánica*, vol. 1, 2023, pp. 323-78.

- Hernández Suárez, Diana Marisol. «El nacionalismo inmaterial e incorpóreo: hacia una historia de las ideas estéticas en el México del XIX». *Connotas*, 2023, pp. 8-48.
- . «“Grito de rebelión del Ideal”: la polémica literaria de 1898 como estrategia de legitimación del modernismo mexicano». *Zama*, 2024, pp. 33-45.
- Hidalgo, Max. «Presentación: Circulaciones latinoamericanas de la teoría». *Revista Landa*, vol. 7, 2019, pp. 147-57.
- Hobsbawm. «Nacionalismo y Nacionalidad en América Latina». *Scribd*, 1995, es.scribd.com/document/511388802/Hobsbawm-Nacionalismo-y-Nacionalidad-en-America-Latina.
- Jurt, Joseph. «El concepto de campo literario y la internacionalización de la literatura», (1998) trad. cast. de María José Calvo en Romero, Dolores (ed.): *Naciones literarias*, Barcelona, Anthropos, 2006.
- Lempérière, Annick. «Los hombres de letras hispanoamericanos y el proceso de secularización (1800-1850)». *Historia de los intelectuales en América Latina*, Katz, 2007, pp. 242-68.
- Llovet, Jordi. «El concepto de “Weltliteratur” segons Goethe». *Estudi General Revista de la Facultat de Lletres de la Universitat de Girona*, 2000, pp. 41-54.
- Mondragon, Rafael. «Al margen de de Henríquez Ureña». *Andamios. Revista de Investigación Social*, 2010, pp. 259-90.
- Morales, Alfonso García. *El Ateneo de México, 1906-1914: orígenes de la cultura mexicana contemporánea*. Editorial CSIC - CSIC Press.
- Morales, Ángel. «Claude Lévi-Strauss le escribe a Octavio Paz». *Letras Libres*, 2024, letraslibres.com/revista/morales-claude-levi-strauss-le-escribe-a-octavio-paz. Accedido 1 de junio de 2025.
- Niemeyer, Katharina, y Klaus Meyer-Minnemann. «Sobre la recepción del estructuralismo en México». *Iberoamericana. América Latina, España, Portugal: Ensayos Sobre Letras, Historia y Sociedad. Notas. Reseñas Iberoamericanas*, vol. 20, n.º 62, enero de 1996, pp. 5-21. dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=304494.
- Nivón, Amalia. «El proyecto civilizatorio de Francisco Pimentel (1832-1893)». *Debates Históricos*, 2020.
- Nova Ramírez, Víctor. *Arnaldo Orfila, una revolución editorial latinoamericana*. Unión de Universidades de América Latina y el Caribe, 2020.
- Ontañón, Paciencia. «Los múltiples campos de la Filología». *Anuario de Letras*, vol. 42-43, 2004, pp. 7-31. dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2272671.

- Ortega Esquivel, Aureliano. «Gabino Barreda, el positivismo y la filosofía de la historia mexicana». *Revista de Hispanismo Filosófico*, 2011, pp. 117-27.
- Paz, Octavio. *Los hijos del limo*. 3.a ed., Seix Barral, 1990.
- Pedrazuela, Mario. *Mario Pedrazuela Fuentes. El orden de las palabras en español. Orígenes de la filología moderna en España*. CSIC, 2021.
- Perus, François. «La literatura latinoamericana ante *La República mundial de las Letras*», en Sánchez Prado, Ignacio M. (ed.): *América Latina en la "literatura mundial"*, Pittsburgh U.P., 2006.
- Pineda, Sebastián. «Sergio Ugalde Quintana, *Filología, creación y vida: Alfonso Reyes y los estudios literarios*, México, El Colegio De México / Universidad Autónoma De Nuevo León, 2024.» *Valenciana*, 2024, pp. 303-07.
- Pineda, Sebastián. *La musa crítica: teoría y ciencia literaria de Alfonso Reyes*. El Colegio de México, 2007.
- Pino, Esther. «Travesías hispanas de Barthes». *ALEA*, vol. 25/3, 2023, pp. 253-74.
- Ramírez, Fernando Martínez. «La teoría literaria latinoamericana». *Tema y Variaciones de Literatura*, n.o 43, diciembre de 2014, pp. 191-211.
zaloamati.azc.uam.mx/bitstream/11191/2563/1/La_teoria_literaria_latinoamericana.pdf.
- Reyes, Alfonso. *Notas sobre la inteligencia americana*. Universidad Nacional Autónoma de México, 1978.
- Reyes, Alfonso. *Obras Completas XIV*. Fondo de Cultura Económica, 1962.
- Rivera-Rodas, Oscar. *La poética semiológica de José Pascual Buxó*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2020.
- Sánchez Prado, Ignacio. «El mestizaje en el corazón de la utopía». *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 2009.
- Sánchez Prado, Ignacio. «World-Making in the Twentieth Century: The Rise of Mexican World Literary Institutions». *Mexican Literature as World Literature*, Bloomsbury.
- Selden, Raman. *Historia de la crítica literaria del siglo XX: Del formalismo al postestructuralismo*. Ediciones Akal, 2010.
- Sheridan, Guillermo. *México en 1932: La polémica nacionalista*. Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Ugalde Quintana, Sergio. "Entre el ensayo y la filología: Alfonso Reyes, *Cuestiones estéticas* y el Ateneo de la Juventud". *Políticas y estrategias de la crítica: ideología, historia y actores de los estudios literarios*, edited by Sergio Ugalde Quintana and Ottmar Ette, Frankfurt a. M., Madrid: Vervuert Verlagsgesellschaft, 2016, pp. 155-174. <https://doi.org/10.31819/9783964561343-008>.

- Vasconcelos, José. «La Raza Cósmica Misión de la raza iberoamericana». *La Raza Cósmica Misión de la raza iberoamericana*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1948, www.ingenieria.unam.mx/dcsyhfi/material_didactico/Literatura_Hispanoamericana_Contemporanea/Autores_V/VASCONCELOS/RA.pdf.
- Vasconcelos, José. «La sinfonía como forma literaria». *El viento de Bagdad*, Letras de México, 1945.
- Wahnón, Sultana. “Schleiermacher Y Dilthey: La Constitución De Una Hermenéutica Literaria.” *El problema de la interpretación literaria. Fuentes y bases teóricas para una hermenéutica constructiva*, Vigo, Spain, Academia del Hispanismo, 2009, pp. 23–78.
- Williams, Raymond. «La cultura de las naciones». *Hacia el año 2000*, Barcelona, Crítica, 1984.